



UNIVERSIDAD DE CHILE

Facultad de Filosofía y Humanidades

Departamento de Literatura

LA AGENCIA POLÍTICA EN LA ESCRITURA: *LACRA* DE MARCELO
LEONART

Informe final para optar al Grado de Licenciado en Lengua y Literatura Hispánica

con mención en Literatura

MARÍA PAZ LOPETEGUI CASTILLO

Profesor Guía

Ignacio Álvarez Arenas

SANTIAGO DE CHILE

2017

A mi mamá y a mi papá.

A mi abuela Villie o Tilda.

A mis hermanos Maite, Don y Arantza.

A Francisco, el mejor compañero posible.

Gracias a Espelunco, por todo lo aprendido y por la paciencia.

Gracias a los funcionarios de la biblioteca.

Pero nosotros no nos separaríamos. Fuera como fuera, había que defenderse. Tomé una frazada para cubrir mis nudillos y de un puñetazo rompí el vidrio. Agustina tenía ya lista una botellita en la mano. Pascual encendió la mecha. «Bichos de mierda», escuché que dijo. Y lo que estalló, como un festejo, fue la verdadera violencia.

Marcelo Leonart. *La educación.*

Índice

I. Introducción	5
II. La obra de Marcelo Leonart	9
III. La hegemonía neoliberal y el movimiento estudiantil: el problema del lucro	19
IV. Conceptos teóricos: agencia política y política posmoderna	28
V. Análisis textual	37
A. Primer horizonte de lo estrechamente político: la agencia política en el cuerpo	37
B. Segundo horizonte: la lucha de clases y la agencia política en la mención	48
C. Tercer horizonte del modo de producción: crisis de la agencia	57
VI. Conclusiones: a propósito de <i>Aquí no ha pasado nada</i>	64
VII. Bibliografía	67

I. Introducción

El presente Informe de Seminario de Grado, concebido en el seminario *Teoría y Crítica Latinoamericana*, se propone desarrollar un análisis de la novela *Lacra* (2013) del escritor chileno Marcelo Leonart. El libro, polémico e inquietante por sus referentes reales, se enmarca en el movimiento estudiantil del 2011 y en la problemática del lucro que motivó a miles de personas a marchar en el transcurso de ese año.

Marcelo Leonart se asoma al panorama cultural chileno de los últimos años con un nutrido abanico de obras y disciplinas. Nacido en el año 1970, es autor de numerosas piezas de teatro, guiones de teleseries y adaptaciones para la televisión, además de tener a su haber siete novelas: *Mujer desnuda fumando en la ventana* (1999), *Fotos de Laura* (2012), *La educación* (2012), *La Patria* (2012), *Lacra* (2013), y *Pascua* (2015). El presente año lanzó su séptima novela titulada *El libro rojo de la historia de Chile* (2016) cuya trama rastrea las relaciones entre la Unión Soviética y nuestro país.

Lacra, en particular, lanzada por la editorial Tajamar y ganadora del premio del Consejo Nacional del Libro a la mejor novela inédita, sigue los viajes de tres personajes por la capital santiaguina. Cada recorrido tiene un punto de partida y un destino propio; su subtítulo nos indica aquellos motivos que se repetirán y serán los más relevantes dentro de la narración. El primer trayecto asume como núcleo a la figura de un prestamista, sin nombre conocido, cuya peregrinación “Mapocho-Las Condes (*Mil pesos de 1979*)” es efectuado desde las orillas del río hasta el proyecto inmobiliario *Costanera Center*, con el firme propósito de comprar costosas prendas de vestir. Caracterizado como un sujeto de rostro moreno, apagado, víctima de un acné mal tratado y portador de una cicatriz que le cruza el pómulo, el prestamista o don Ele ofrece a los pobres los servicios de un informal holding financiero con altas tasas de usura.

En segundo lugar, don Carlos, en su calidad de senador de la República, se encuentra en la perentoria necesidad de desplazarse hacia Valparaíso desde su casa en el sector oriente de la capital. Participante del segundo recorrido “Vitacura-Plaza Italia (*Padre Nuestro que estás en el cielo*)”, es obstaculizado a mitad de camino por una marcha estudiantil en pleno auge del movimiento social del 2011. Basado en el entonces senador de Renovación Nacional Carlos Larraín Peña, *Lacra* reseña aspectos de su vida tales como su infancia privilegiada, su

proximidad al golpe militar de 1973, su irrestricto apoyo a la Iglesia Católica y sus críticas al despertar ciudadano.

Por último, Patricia Matte Larraín, socióloga de profesión y precedida por su famoso apellido, es ficcionalizada en *Lacra* con el nombre de Pata Matte, perteneciente, al igual que su referente real, a una de las familias más pudientes y poderosas del territorio. El personaje se moviliza hacia la periferia de S en ocasión de verificar la toma de un colegio subvencionado del cual es sostenedora. Su recorrido es titulado “La Dehesa-San Bernardo (*El desierto de Chile*)” haciendo una doble alusión a los detenidos desaparecidos de la dictadura de Augusto Pinochet Ugarte en el norte del país y al accidente del Colegio Cumbres Femenino de Las Condes en agosto del 2008, en la localidad de Putre. Ese día, un bus del colegio cayó al vacío al tomar con exceso de velocidad una curva pronunciada, con un resultado de nueve víctimas fatales. Una de las estudiantes fallecidas del primer establecimiento fundado en Chile por la Legión de Cristo era la nieta de Patricia Matte en la vida real.

El trío coincide en un capítulo conclusivo, denominado “Destino final: Un paraje bucólico y agreste (*Dispara usted o disparo yo*)”, cuya resolución contempla el suicidio del prestamista ante don Carlos y Pata Matte. El libro se cierra con una declaración efectuada por el narrador, quien presumiblemente es el mismo Marcelo Leonart ficcionalizado.

El problema central de esta investigación está referido a la compleja agencia política que porta *Lacra* en su calidad de obra anclada en la postmodernidad. Acorde a ello, la efectividad política que demuestra la novela se vuelve tema de discusión compleja: nos encontramos con una labor escritural explícita en sus quejas frente al panorama político actual, pero a la vez enmarcada en la lógica del simulacro y en la representación de sujetos muy constreñidos en su actuar político.

En este sentido, nuestra hipótesis de trabajo es que la agencia política de la escritura de *Lacra* se bifurca en dos líneas: en primer lugar, la agencia política se logra en el cuerpo del prestamista, en su necesidad volitiva de alejarse de las figuras de Pata Matte y don Carlos mediante su suicidio. En segunda instancia, la agencia política se verifica en la mención constante del binomio lacra/lucro, que el narrador es capaz de resignificar modulándolo como contestación crítica. Sin embargo, sus propuestas no tienen cabida en la realidad actual y se desarticulan rápidamente. De esta manera, el libro de Marcelo Leonart que nos convoca se

conforma como diagnóstico de una sociedad, en su generalidad, damnificada por el afán de dinero y por el capital, pero carente de una respuesta propositiva sobre el contexto inmediato.

En función de lo que hemos reseñado, la tesis se organiza en cinco capítulos que intentan facilitar la exposición. Tras este primer apartado introductorio, exponemos las especificaciones del trabajo de Leonart, su vínculo con la literatura de su tiempo y las tres ideas que consideramos centrales en nuestro acercamiento a su labor. Dos de estos conceptos indispensables para estudiar la obra del autor se encuentran ya en la crítica, mientras que la tercera idea es verificada en la información extraída de diarios, revistas tanto impresas como electrónicas, columnas de opinión, artículos y entrevistas al autor. En definitiva, se presentan aquí las nociones de literatura *híbrida*, proveniente de las consideraciones de Macarena Areco, y la literatura *epicúrea*, aportada por Ignacio Álvarez. El tercer componente de esta triada gravita en torno al quiebre observado en su trayectoria narrativa, desde una escasa preocupación por la realidad inmediata en sus primeros libros, hasta la explotación de una veta explícita y política a partir de *La Patria*, con su pertinente refinación posterior en *Lacra* y *Pascua*.

En el caso del mundo representado en *Lacra*, éste adquiere un alcance relevante al vincularse directamente con los hechos acontecidos a partir del año 2011, época de las marchas estudiantiles y del despertar ciudadano en un amplio espectro social. En un tercer capítulo, por lo tanto, delineamos el contexto de producción y la participación en él del concepto de lucro, en su calidad de elemento permanentemente sacado a la palestra mediante los personajes de don Carlos y Pata Matte.

Posteriormente, el cuarto capítulo asume como finalidad perfilar los conceptos teóricos acordes a nuestra propuesta de trabajo. En específico, la noción agencia política, núcleo de la tesis, se esclarece con los planteamientos de la teórica estadounidense Judith Butler. En conjunto, de la posibilidad de ejercer una política en los tiempos posmodernos se encargan la filósofa belga Chantal Mouffe y el filósofo esloveno Slavoj Žižek.

El quinto capítulo corresponde al análisis textual. La metodología para ello son los tres horizontes semánticos que reseña Fredric Jameson en *The Political Unconscious* traducido como *Documentos de cultura, documentos de barbarie*. En dicha obra, el teórico estadounidense propone una interpretación que coloca a lo político como eje de toda disquisición de los textos. De esta manera, las diferentes aproximaciones a lo político, a partir

de los tres niveles que construye, corresponden a la política cotidiana, los ideogramas de las clases sociales y el modo de producción. Cada uno de estos estadios tiene su apartado en el análisis en función de reseñar la agencia política contenida en ellos. La quinta sección de nuestra tesis, asimismo, contiene los resultados de nuestro trabajo.

Por último, el sexto capítulo expone las conclusiones de nuestro trabajo y una mirada personal en relación con la posibilidad de ejercer una política postmoderna viable en Chile.

II. La obra de Marcelo Leonart

No me acuerdo, pero no es cierto. No es cierto, y si fuera cierto, no me acuerdo.

Augusto Pinochet Ugarte, 16 de Noviembre del 2005.

Mi memoria es mi territorio.

Marcelo Leonart. *La Patria*.

Mi memoria es un monstruo que no me deja tranquilo.

Marcelo Leonart. *Lacra*.

En el contexto de la literatura posdictatorial chilena, Marcelo Leonart resulta ser un caso particular. Iniciada su carrera literaria el año 1999 con *Mujer desnuda fumando en la ventana*, sus obras han aventurado pasos consistentes hacia la conformación de una poética propia, cuya piedra angular es la radicalización de la crítica social. En ese sentido, sus novelas, de manera progresiva, han incluido referentes y situaciones reales más explícitas y excesivas, enmarcadas, tanto en el contexto del postmodernismo en su condición de estética de la producción global (Areco 77), como en la necesidad de trazar una denuncia sobre el Chile de los últimos años.

El propósito de este capítulo, por lo tanto, es doble: delinear, en un primer momento, cómo se inserta el autor dentro del panorama actual chileno, utilizando los conceptos que consideramos pertinentes para el caso. Figuran aquí la *literatura híbrida* de Macarena Areco, complementado por Lorena Amaro y relacionado con los planteamientos de Josefina Ludmer, e igualmente, la *literatura epicúrea* de Ignacio Álvarez. En segundo lugar, urge referirse al quiebre que ha sufrido la obra de Marcelo Leonart respecto a la formación de su propia escritura. La importancia de este último punto es crucial para *Lacra*, nuestro objeto de estudio, por cuanto el libro, junto a *Pascua*, supone la consagración una poética iniciada en *La Patria* dos años antes.

Macarena Areco, en su artículo “Tiempo de hibridez”, del libro *Cartografía de la novela chilena reciente*, destaca como forma mayoritaria a la modalidad híbrida, a partir de la década de los noventa, en plena concordancia con la condición de postmodernidad emanada de Fredric Jameson, es decir, una postmodernidad “histórica y no meramente estilística” (*La*

lógica 64) que se articula como "pauta cultural dominante de la lógica del capitalismo tardío" (*La lógica* 64). Dicha modalidad transita por nuestro país con una serie de características específicas. En primer lugar, está constituida por una posta de los géneros en la cual la narrativa se comporta como "una mezcla de subgéneros discursivos y narrativos" (77) a la usanza de un *bricolage* o mosaico. Así, podrían convivir formas tan antinómicas como la novela policial, la novela histórica y el melodrama en un mismo objeto cultural. En definitiva, lo que se obtiene como resultado es "el entremezclamiento y la transgresión, en distintos grados, de sus códigos" (85).

Por su parte, el juicio de Lorena Amaro en "Parquecitos de la memoria: diez años de narrativa chilena (2004-2014)", secunda la noción de hibridismo con la idea de que en el escenario actual se percibe la absoluta caída de la oposición entre lo popular y lo culto. Al respecto, influida indudablemente por Jameson, la autora plantea que "caen de verdad las divisiones entre lo popular televisivo y lo académico erudito, como lo prueba la hibridez del trabajo de varios de nuestros mejores narradores actuales, escritores y guionistas teatrales y de series de televisión". Leonart, incursor en todos los oficios mencionados, propone diferentes códigos a lo largo de su obra, que van desde el vocabulario eclesiástico y latinismos en *Pascua*, la mención de elementos de la cultura televisiva (*Sábado Gigante* y don Francisco en *Lacra*), hasta el diálogo de la historia romana de Francisco Javier Cuadra en *La Patria*.

Cabe señalar que la hibridez se evidencia en una fragmentación en ámbitos como la estructura, el tiempo, el espacio, las voces y las tramas (Areco 86), de la mano de la desterritorialización, concepto tomado de Deleuze y Guattari, que catapulta a las novelas, mediante una diseminación geográfica, al espacio globalizado (Areco 89). En cuanto a las obras de Leonart, en un primer momento, éstas estuvieron relacionadas con espacios fuera del país. Los cuentos de *Mujer desnuda fumando en la ventana*, su primer libro, transcurren en Europa, al igual que *Fotos de Laura* trece años después. Aunque, posteriormente, los libros se hayan volcado cada vez más a situaciones de índole nacional, las menciones al extranjero permanecen presentes en su literatura. Signo de ello son, sólo por nombrar algunos ejemplos, en *Lacra*, el vínculo establecido con la primavera árabe, los bombardeos en Gaza y con las crisis monetarias de orden internacional. *Pascua*, por su parte, contempla la participación del Papa Juan Pablo II y el director de cine italiano Pier Paolo Pasolini.

Rasgo importantísimo de la literatura *híbrida* es el cuestionamiento de los límites entre literatura y ficción, seres y objetos, y un género u otro. Areco plantea que en este tipo de literatura todos los límites binarios terminan siendo erosionados, al estar motivados por un profundo quiebre de orden epistemológico (90). En este sentido, para la teórica chilena, en *Fotos de Laura* se plasmaría la indeterminación de la identidad en la figura de Martina, la protagonista, al confundirse sus actos y sus afectos con los de su amiga Laura. Sobre ello, comenta que “la identidad es en este relato una imagen imprecisa, incluso borrada” (90). Este último punto demuestra el parentesco del término de Areco con la literatura *posautónoma* de Josefina Ludmer, para quien las formas narrativas no se pueden distanciar de un régimen posmoderno en el que la aniquilación temporal es un hecho incontrastable. En consecuencia, la noción de tiempo cero de Ludmer hace referencia a “la travesía del espacio en no tiempo” (18), es decir, un producto tecnológico cuyo resultado es la simultaneidad global, el borramiento de los límites entre “lejos” y “aquí”; entre presente, pasado futuro; y nuevamente, entre realidad histórica y ficción (19).

De esta manera, en lo que toca a las prácticas literarias, éstas “salen de la literatura y entran a la ‘realidad’ y a lo cotidiano, a la realidad de lo cotidiano, y lo cotidiano es la TV y los medios, y los blogs, el e-mail, Internet” (Ludmer 151). La descripción calza a la perfección con las últimas obras de Leonart, en las cuales no se sabe a ciencia cierta si lo que se relata efectivamente sucedió o no. Es crucial entender que el régimen de realidad del autor, a partir de *La Patria*, es la culminación de esta característica. Al respecto, el libro sobre “el clasista, melifluo y conjeturalmente atildado Francisco Javier Cuadra” (Rojo 59) mezclaría la vida de una pareja común con un ministro de Pinochet homosexual, evocando trazos de la situación real que vivió como rector de una universidad¹.

Ahora bien, según consigna Ludmer, estamos hablando de una realidad construida sobre la base de los medios, la tecnología y las ciencias en pleno siglo XXI, en la que literatura “perdería el poder crítico, emancipador y hasta subversivo que le asignó la autonomía a la literatura como política propia, específica. La literatura pierde poder o ya no puede ejercer ese poder” (154). Comprobaremos que Leonart, aunque cómodo en esta categoría, hace posible

¹Dicho brevemente, *La Patria* alude a su labor de rectoría en la Universidad Diego Portales en el 2004, su inhabilitación y queja en el estudiantado tras las declaraciones que efectuó sobre el secuestro de Ricardo Lagos en el año 1986. Cuadra, en una entrevista, comentó que el secuestro habría sido con el propósito de “salvarle la vida”, mientras la CNI detenía a cuatro profesionales, entre ellos, el periodista José Carrasco Tapia.

la articulación de una resistencia, posicionándose más bien en la noción de que “hay espacio suficiente para las preguntas dolorosas y las respuestas sinceras de quienes hoy alzan sus propios parquécitos de la memoria, sin renunciar a la crítica política y social” (Amaro Lorena).

Otros atributos incluidos en la literatura *híbrida* son el exceso de intertextualidad, transtextualidad y la tendencia metaliteraria (Areco 93). La transtextualidad, definida como “todo lo que lo pone en relación [a un texto, manifiesta o secreta] con otros textos” (Genette ctd en Areco 93), se evidencia en la proliferación de formas no discursivas de índole heterogénea: esquemas gráficos, fotografía y cine, requiriendo asimismo lectores posmodernos que deambulen de código en código (Areco 94). Son todos rasgos plenamente vinculantes a la sintaxis de Leonart, que incluye registros gráficos en *Pascua* y referencias al cine a lo largo de toda su obra.

Si la primera aproximación a Leonart la efectuamos a través del *hibridismo*, la segunda cláusula con la que hemos definido a la literatura de Marcelo Leonart es su obra como literatura *epicúrea*, reseñada por Ignacio Álvarez. En su artículo “Sujeto y mundo material en la narrativa chilena del noventa y el dos mil: estoicos, escépticos y epicúreos”, el autor homologa las modalidades de la literatura chilena del último tiempo con escuelas del mundo helenístico, dando cuenta del “juicio político complejo del contexto chileno del noventa y el dos mil” (8). Por descontado, más que dubitativo y perplejo frente a lo real (*escépticos*) o definido por su ánimo melancólico (*estoicos*), la categoría en la que enmarcamos a Leonart está signada por el afán de producción histórica (24) calificada como *literatura epicúrea*, particularmente presente en sus últimas novelas, entendiéndose su definición como “una empresa maníaca y creativa que es al mismo tiempo gozosa y total: la proliferación del mundo y de los mundos” (22).

De esta forma, el mundo de Leonart se rendiría por completo al poder de la palabra sugerido por Álvarez (22), construyéndose ficciones que, a pesar de ostentar las decepciones del *estoico* y la falta de explicación satisfactoria del *escéptico*, es gozoso y, lúdicamente “articula un mundo cuya economía es el derroche, la infinita multiplicación de los objetos particulares” (22). No obstante, llegado el punto debemos hacer la salvedad de los riesgos que implica esta clasificación de su literatura como *epicúrea*. Similar a las aprehensiones de Ludmer, Álvarez señala las promiscuas fronteras entre una literatura de este tipo y su identificación de lleno con la mercancía. Con todo, cabe consignar que estos textos “son los

únicos que se dan la oportunidad de explorar políticamente las posibilidades de la ficción como posibilidad, y de este modo son los únicos que postulan futuros que aparecen a partir del examen crítico de las piezas disponibles en el presente” (17).

Todas estas observaciones en relación con la literatura *epicúrea e híbrida* se articulan como los cimientos para comprender dónde se sitúa el autor dentro del panorama nacional. Aun así, enmarcar a Leonart en este contexto no resulta fácil. Pese a que se podría pensar que Marcelo Leonart posee una natural sintonía con la generación de escritores chilenos de su época, como Alejandra Costamagna (1970), Álvaro Bisama (1975) y Alejandro Zambra (1975) sólo por nombrar algunos, su tono ácido, su explicitud sexual, sus referentes reales y la sensación de incomodidad que suele despertar en sus lectores lo mantienen alejado de la llamada «literatura de los hijos». En lo que respecta a este punto, el dictamen del autor es encausar sus dardos hacia la anemia narrativa que parece regir el campo literario (García, “Leonart”), demasiado mesurado y cauteloso para su gusto. La misma idea será repetida en la entrevista personal, en que la plasma su descontento con la panorámica literaria: “no me siento cercano a la literatura de los hijos. Soy más cochino, más revoltoso, más excesivo” (Leonart, entrevista).

Desde la crítica literaria, es necesario consignar, en función de situar al autor respecto otros autores de su tiempo, que Grínor Rojo apoya la opinión que tiene Leonart sobre sí mismo. Como portador de una “cuchilla satírica, sin duda una de las más afiladas entre las que se pueden encontrar en mi corpus” (59), en su reciente libro *Las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena*, sitúa al autor en su extenso pero necesario canon de las novelas de la posdictadura con sus ejemplares *La Patria*, *Fotos de Laura*, y *Lacra* (26). En el afán de periodización, Leonart se encontraría en el grupo de aquellos que escriben en las primeras dos décadas del nuevo siglo, “en el paroxismo del neoliberalismo en democracia” (206).

Ahora bien, existen otras aproximaciones alejadas del ámbito académico respecto al autor de *Lacra* que valen la pena nombrar. El escritor chileno Pablo Simonetti ha propuesto recientemente, en su delimitación de las últimas cuatro generaciones² de la narrativa chilena, que Leonart estaría en la llamada “generación del milenio”. Sus características contemplarían la exaltación de la autonomía del individuo frente a cualquier pertenencia preconcebida, una

² Las generaciones reseñadas por Simonetti son: la Nueva narrativa, la generación del milenio, Generación del 10 o "de los hijos" y la Nueva generación.

rebeldía contra todas las formas de coerción identitaria y un quiebre con el patrón que refuerza “la familia nuclear, los roles de género, el orden y el trabajo, la estratificación social, el cristianismo y el despojo de la conciencia política”.

Por otro lado, Roberto Careaga, en “El nuevo mapa de la narrativa chilena”, plantea que desde mediados de la década de los 2000s el universo de la narrativa chilena se reordena a manos de una generación que bordea los 40 años: Alejandro Zambra, Álvaro Bisama, Rafael Gumucio, Patricio Jara, Nona Fernández, por nombrar sólo un puñado. Entre ellos, figuraría nuevamente Marcelo Leonart, quien, “como nadie, se ha preocupado...en dar cuenta del agitado ánimo social de hoy, en sus libros *La educación y Lacra*” (Careaga, “El nuevo”).

Ninguno de estos intentos de ubicar a Leonart en el contexto literario da cuenta de la importante transformación de su obra en el transcurso de los años. De esta manera, arribamos al segundo propósito de este capítulo: además de su *hibridismo* e *epicureísmo*, denotar que se perciben ciertas estrategias temáticas que se han ido consolidando con el paso del tiempo en sus libros, volviéndose una constante en la construcción de sus textos. Se evidencia así lo que hemos definido como el quiebre de su narrativa: un antes y un después cuya coronación se alcanza en *Lacra* y *Pascua*, y en menor medida, *La Patria*, en tres ejes principales: el rol del narrador, los referentes reales y la crítica social.

Para comprender mejor esta idea, debemos ahondar en las obras precedentes del autor estudiado. Sobre el compendio de cuentos *Mujer desnuda fumando en la ventana*, su ópera prima de 1999, se ha dicho que el mecanismo que determina la creación de Leonart es la “reiteración de un pasado que siempre vuelve, y que amenaza con repetirse infinitamente a menos que quienes sufren reúnan valor para enfrentarlo” (Castillo 43). Asimismo, Roberto Amaro, para *La Nación*, reiterando la idea del pasado, comenta que hay que darle las gracias al autor chileno “por enseñarnos que el pasado oscuro siempre regresa, es una deuda que tiene que pagarse...que regresa para cobrar” (16). Si llegan a aparecer otras temáticas aledañas, siempre se muestran, para la crítica, como subsidiarias de este gran tronco temático. Ejemplo de ello es la continua presencia de la soledad, según plantea Andrés Gómez, vinculado al pasado que retorna: “los seres de sus cuentos son tipos solitarios, que cargan dolores irresueltos de un pasado que intentan olvidar” (11).

El mismo Leonart, en esta primera etapa, se muestra enfático sobre la importancia del tema del pasado mediante su delimitación a un área netamente personal. Así, sobre el cuento

galardonado con el premio Juan Rulfo, “Maribel bajo el brazo” –de su primer libro–, desestima el nexo entre la mujer desaparecida que figura en el relato con los detenidos desaparecidos de Chile. En la entrevista otorgada a Catalina Araos, el autor, intuyendo la veta que se ha explorado en torno a la semejanza del texto con la historia del país, comenta lo siguiente:

Me da risa porque me han tocado el tema político incluso en Francia...No quise hacer cuentos políticos, pero viéndolos después, inevitablemente contienen el tema. No hay una referencia periodística o historicista, pero existe una preocupación que supongo se relaciona con que vivo acá (15).

En definitiva, el cuento “Maribel bajo el brazo” se encuentra enraizado en la noción de duelo de una manera que no guarda relación explícita con la dictadura. El siguiente fragmento, extraído de la entrevista de Leopoldo Pulgar, Leonart ahonda un poco más en su lejanía respecto al contexto político y la representación ambigua de éste:

Me interesó por la posibilidad del duelo, con un personaje “desaparecido”, pero que cupiera alguna duda sobre eso. Los detenidos desaparecidos son literariamente potentes, pero algo inaceptable en la vida real. En este cuento me aleje [sic] de cualquier contexto político: es una reflexión acerca del hecho mismo (50).

Por otro lado, una característica transcendental de esta etapa es la voluntad de representación de la vida de personas anónimas y cotidianas, alejando por completo la posibilidad de incluir personajes históricos como lo hará en sus últimas publicaciones. Sobre ello, Leonart dice claramente que

No me interesa la gente que sale en el diario, porque tiene un halo no literario que me causa rechazo. Entre ver una entrevista a corazón abierto a la Cecilia Bolocco, o imaginarme qué le paso a la pareja que está discutiendo al lado mío en un café, prefiero mil veces lo segundo (Araos 15, la cursiva es nuestra).

Destacamos el fragmento anterior porque expresa fehacientemente una declaración de principios que se trastocará con el pasar de los años: no hay nada más alejado de lo que sucede en *Lacra*. Los rasgos de literatura *posautónoma* de Ludmer en Leonart son bastantes claros a la hora de referirnos a sus referentes televisivos: por sus novelas caminarán no sólo participantes del campo político o económico (como lo son Carlos Larraín o Patricia Matte); sino que habrá lugar para las menciones pertinentes incluso a Raquel Argandoña o Mario

Kreutzberger. Si en este momento la elección de personajes reconocibles en la actualidad chilena e internacional no se ha vislumbrado todavía, a partir de su segunda novela *Fotos de Laura* (2012), se comienza a percibir un giro en relación con posicionamiento del autor.

Tras trece años de sequía narrativa, en el año 2012 Leonart reanudó su actividad con una prolífica oleada de publicaciones. Con la no despreciable suma de tres libros ese mismo año, *Fotos de Laura* resultó ser el puntapié inicial de un larvado interés por la historia del país. Y la crítica no permaneció inmune frente a esta revaloración e inclusión de la memoria, en una trama donde uno de los personajes es precisamente un funcionario de la dictadura encargado de la desaparición de los cuerpos. Macarena Figueroa, de la *Revista Intemperie*, explicita que los personajes de la novela van revelando su verdadera identidad a pesar de sí mismos, destapando con ellos un pasado nacional:

La historia oscura del país, la historia oscura individual y, por sobre todo, emerge la aceptación de que la lucha más importante es aquella que se libra con la memoria; una memoria que lo gobierna todo, una memoria que remarca, una memoria flagrante a la que es imposible confundir y en la que es mejor penetrar, porque en ella están las respuestas (Figueroa).

El segundo libro de ese año, *La educación* (2012), comienza a configurarse como “el relato de eventos sociales y noticias actuales, que ya forman parte de nuestra idiosincrasia chilena” (Poblete “La educación”). La actualidad es representada por la muerte de los presos de San Miguel, ocurrida el año 2010 con el resultado de 80 reos muertos, o la puesta en escena de los encapuchados en las manifestaciones estudiantiles de la época.

Sobre el tercer libro de ese año, *La Patria* (2012), Leonart transparenta su posicionamiento subjetivo y la explicitud sexual en relación con el referente que retrata. Francisco Javier Cuadra, ministro del gobierno militar durante tres años, pasa a la posteridad como un personaje que “nunca se presenta en términos objetivos, sobre todo en las cosas más escabrosas, más privadas, que se presentan como ficciones, elucubraciones posibles de un posible personaje” (Rodríguez). Sin lugar a dudas, el libro tiene un claro vínculo con el período dictatorial y con la impunidad que Leonart ataca. Asimismo, la crítica ha destacado de *La Patria* su tendencia a la fragmentación, no vista a tal extremo en las obras anteriores. Indudablemente, el proceso que llevó a la escritura de *La Patria*, el umbral de una segunda era en la literatura de Leonart, es producto de una transformación progresiva desde el

tratamiento de un pasado personal a uno nacional; la representación de personajes anónimos a históricos; la inclusión de hechos ficcionalizados a reales y hasta archivísticos; y, finalmente, de una tendencia unitaria hacia la fragmentación. Camilo Marks, en esta línea, plantea la imposibilidad de abordar a *La Patria* como un todo coherente y unitario (Marks), inaugurando una característica que se irá haciendo preminente en *Lacra* y *Pascua*, libros del 2013 y 2015, motivados por el “desborde permanente, el exceso, lo inconmensurable...Es decir, la novela reflexiona acerca de sí misma y sentencia que es desbocada, malhablada, blasfema, amorfa, irregular” (Rivera Soto).

En esta segunda etapa en lo que toca a la figura del narrador, si José Promis manifestaba que, en *Mujer desnuda fumando en la ventana*, “las cinco voces narrativas...nos obligan a llenar vacíos, a descubrir informaciones que han sido intencionalmente escamoteadas, a reconocer lo que existe más allá de la insinuación de las imágenes” (5), es insostenible concluir que el narrador mantiene esa línea. *Lacra* y en *Pascua* logran una plena identidad entre narrador y autor ficcionalizado, y así es explicitado a Nicolás Poblete: “Cuando escribo, trato de alejarme de ejercicios de impostura. El que está detrás de la novela soy yo, por eso lleva mi firma” (Poblete, “La educación”). De esta manera, el narrador de las actuales obras de Leonart se identifica como “metiche, que hace preguntas retóricas, establece relaciones que los personajes no hacen, pero finalmente tú las relaciones las ves” (Leonart, entrevista).

En esta segunda etapa, claramente alejada de las figuras anónimas y cotidianas, Leonart ha tenido gran resonancia en los medios electrónicos a la luz de sus polémicos escritos sobre personajes reales. Varios críticos revelan la condición desbordante de sus escritos aparejada con las problemáticas de la actualidad. Ejemplo de esto último, en *Lacra*, es su delimitación a través de los hitos fundamentales del dinero, la educación, el poder político y el dominio empresarial. “En la novela trato de hacer un Aleph de la plata: todo es plata”, dice el autor, agregando que “en Chile lo que no es lucrativo tiene menos valor, no figura, y eso corre en todo ámbito de cosas” (García, “Leonart”). El vuelco hacia la realidad inmediata se lo comenta también a Roberto Careaga:

En *Lacra* (2013) quería hablar sobre el dinero, en *Pascua*, sobre la religión, pero también de la soledad del mundo gay en momentos en que están tan en boga los derechos homosexuales. En ambas partí con la intención de escribir desde la

ultraactualidad. Las historias íntimas, donde lo de afuera no se cuele, a mí no me interesan (Careaga “Los excesos”, la cursiva es nuestra).

La cita anterior demuestra que en estas dos novelas hay un vuelco indudable respecto a su proceso escritural. Desde la falta de explicitud comentada en *Maribel bajo el brazo*, pasando por los pequeños guiños en *Fotos de Laura*, se llegan a obras bastantes ligadas a la historia nacional. En otras palabras, se evidencia una clara inclinación hacia el contexto inmediato, con una literatura que se forja en ura y es en este sentido que le dice a Javier García para *La Tercera* que “me interesa mucho la literatura que no se aleja de la realidad” (García, “Escribo”).

En resumen, la obra de Leonart se define en tres acordes: el primero de ellos corresponde a su noción de *hibridismo* cuyas principales características aluden a su fragmentación, su condición metaliteraria, su evidente desterritorialización y su palpable quiebre de los binarismos identitarios. Le sigue la noción de literatura *epicúrea*, signada por los rasgos históricos y la proliferación de recursos. En un tercer lugar, el quiebre, evidenciado a lo largo de su proyecto literario –con la inclusión de una realidad inmediata y el bombardeo mediático– lo configuran como una poética particular de nuestro posmodernismo narrativo.

III. La hegemonía neoliberal y el movimiento estudiantil: el problema del lucro

¿Y qué pasa con ese joven de clase media baja que tiene fe...evangélico y buena persona, que paseaba a su hermano en una silla de ruedas este miércoles 24 de agosto de 2011—y al que un oficial de Carabineros de Chile mató con su carabina Uzi y con una bala de 9 milímetros—para que un diputado de la República amigo de la familia como Alberto Cardemil tilde mañana, en todos los diarios, a la víctima de violentista y al carabinero asesino como un uniformado cubriendo su deber? ¿Qué pasa con ellos, mamá? ¿Tiene una respuesta para eso?

Marcelo Leonart. *Lacra*.

El dilatado epígrafe que inicia este capítulo es una referencia al asesinato de Manuel Gutiérrez el día 25 de agosto de 2011, en la comuna de Macul, causada por el sargento de carabineros Miguel Millacura. El joven de dieciséis años observaba, junto a su hermano, una de las tantas protestas convocadas ese año por la Central Unitaria de Trabajadores (CUT). El libro de Marcelo Leonart, publicado dos años después, no sólo hace referencia a episodios como éste en el período de movilizaciones más importante desde la vuelta a la democracia: *Lacra* se encuentra en el centro mismo de una de las demandas más reiteradas y transversales del movimiento social como lo fue el problema del lucro. El objetivo de este capítulo, por ende, es delimitar el contexto en el que fue posible que *Lacra* se articulara como la crítica de un sistema, no sólo en la inmediatez del movimiento estudiantil, sino que también en su vínculo con el régimen neoliberal y sus fundaciones en la dictadura militar de Augusto Pinochet.

En el año 2011 (tres años después que la Revolución Pingüina y diez años después del mochilazo) en Chile se vivió, para muchos, el movimiento social más importante desde la dictadura militar de Augusto Pinochet. La *política de los acuerdos* llevada a cabo por la Concertación, la legitimación en democracia de la política económica neoliberal instaurada por la dictadura militar, el auge de ciertos sectores empresariales portadores de prerrogativas en la agenda política y el gobierno de Sebastián Piñera, quien expuso explícitamente que la

educación era un bien de consumo³, entre otros factores, llevaron un malestar largamente incubado a un punto álgido.

Es imposible comprender el movimiento estudiantil sin el telón de fondo dictatorial que aniquiló las pretensiones de un estado bienestar y las políticas sociales edificadas hasta la Unidad Popular. La mayoría de los autores identifican como un aspecto significativo del problema social a la dictadura chilena comprendida entre los años 1973-1989. La junta redefinió las relaciones entre Estado, economía y políticas sociales, amparada en las tendencias neoliberales de los 70s y los albores de los 80s, que se mostraban inclinadas a impugnar el papel redistributivo del Estado.

En función de *Lacra*, los hechos significativos que son específicamente reseñados en el libro y que tienen que ver con Pinochet son la oleada de privatizaciones y el auge de nuevos sectores económicos de familias específicas como los Cruzat-Larraín, Matte, Vial o Angelini (Ruiz, *Conflicto* 16). No se presenta como casualidad, por lo tanto, que uno de los integrantes de la familia Matte esté ficcionalizado en *Lacra*. Al mismo tiempo en que se incurría en una sistemática violación de los derechos humanos, la dictadura militar privatizaba el sistema de pensiones, fortalecía a las empresas y dejaba al sector público con una grave anemia monetaria.

En el ámbito educativo, a partir del año 1981, la dictadura alteró el paradigma de funcionamiento de la educación chilena imperante hacía sesena años: la educación privada se alzó como adalid frente al cual liceos y escuelas debían compararse, jerarquizarse y organizarse (Donoso y Alarcón 37). Uno de los instrumentos icónicos de medición fue el todavía vigente Sistema de Información y Medición de la Calidad de la Educación, conocido como SIMCE, puesto en funcionamiento a partir de 1988. Colindan con lo anterior la municipalización de los establecimientos públicos que, abjurando de una administración de la educación centralizada, pasaron a las manos de las comunas en la que estaban ubicados. En concordancia, los colegios se plegaron a la subvención por alumno de parte del Estado, es

³ El día 19 del mes de julio del año 2011, el entonces presidente Sebastián Piñera declaró que "requerimos, sin duda, en esta sociedad moderna una mucho mayor interconexión entre el mundo de la educación y el mundo de la empresa, porque la educación cumple un doble propósito: es un bien de consumo. Significa conocer más, entender mejor, tener más cultura, poder aprovechar mejor los instrumentos y las oportunidades de la vida para la realización plena y personal de las personas, pero también la educación tiene un componente de inversión". La fuente corresponde al sitio web de Cooperativa. 27 de Diciembre 2016. <<https://www.cooperativa.cl/noticias/pais/educacion/proyectos/presidente-pinera-la-educacion-es-un-bien-de-consumo/2011-07-19/134829.html>>.

decir, el pago a los sostenedores por estudiante verificado en la lista de clases. Otros factores de relevancia son el abandono forzoso por parte de los profesores de su carácter de empleados públicos, las facilidades para la creación de universidades privadas, el descuartizamiento de la Universidad de Chile y la disminución del aporte fiscal a las universidades públicas.

Dentro del ámbito de los cambios instaurados por la dictadura militar, uno de los más importantes fue la implementación de la Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE), promulgada en las postrimerías del mandato de Augusto Pinochet, el 7 de marzo de 1990, dos días antes de ceder el mando al presidente electo democráticamente Patricio Aylwin. Con este último estertor Pinochet terminó por reducir lo educativo a lo meramente financiable además de cimentarse la pugna entre libertad de enseñanza y derecho a la educación (Donoso y Alarcón 37-38). Dicho conflicto entre la libertad de enseñanza y el derecho a la educación sería un terreno de debate recurrente a finales de los 2000s por el movimiento estudiantil. El problema fundamental se debió a que la libertad de enseñanza terminó entendiéndose, en la práctica, más que como el derecho de elegir los padres, como “el derecho que asiste al sostenedor o propietario de un establecimiento escolar de naturaleza privada a seleccionar estudiantes y por ello a discriminar entre los eventuales postulantes” (Donoso y Alarcón 36). Visiblemente, era una situación en la que se privilegiaba un criterio económico. Por añadidura, tampoco existieron regulaciones en torno a las ganancias de los sostenedores.

En síntesis, la dictadura militar chilena impulsó la colonización del mercado en la educación escolar mediante la completa libertad de elección de las familias, inaugurando una nueva era de segregación. Asimismo, el período quedó signado por el equipamiento de escuelas privadas con recursos públicos, la entrega sistemática de información bajo la consigna de "consumidor informado" con rankings de escuelas y comparaciones competitivas, subvención escolar indistintamente a escuelas públicas y privadas, igualdad de consideraciones entre proveedores con y sin fines de lucro, entre otros hechos (Bellei 5).

El advenimiento de transición comandada por la Concertación de Partidos por la Democracia no alteró el panorama educacional de manera sustancial. Varios rasgos quedaron intactos u operados bajo lógicas reformistas. Sobre ello, en *Más allá del malestar: Una hipótesis sociológica sobre el significado político del movimiento estudiantil chileno*, Félix Aguirre y Óscar García inician el artículo con las consideraciones siguientes: la financiación privada de la educación corresponde hoy en Chile al 51,4%, diametralmente alejado de los

parámetros de la OCDE, donde la participación del Estado al respecto ronda el 73,6% (147). Lo que resulta aún más dramático es que, en nuestro país, mientras que el 73% de la financiación para la educación superior descansa sobre el endeudamiento de las familias, en los países de la OCDE esa cifra se reduce al 16% (148). Así, los gobiernos de Aylwin, Frei, Lagos y Michelle Bachelet contribuyeron a un sistema político en la que se sustrajeron “muchas responsabilidades estatales de la política abierta, presentadas como «técnicas» y «apolíticas»” (Ruiz, *Chilenos* 29), apuntando las características del Chile neoliberal hacia un Estado regulador, mas no garante de la educación ni de otros derechos sociales, investido, por lo demás, con un hábito de “eficiencia” y “objetividad” con clara preponderancia de la veta económica.

Considerando los hechos, sometidas a la ética de mercado, no hay una imagen del bien común y, por consecuencia, todo tiene valor económico (Ruiz, *Chilenos* 132). Al respecto, las implicancias sobre el tejido social y la real función del Estado son gigantescas:

Cuando se concibe a la sociedad como un agregado de procesos mercantiles, sin un proyecto de cohesión social que no sean el consumo y el lucro, se está ante un Estado vacío, que es lo que caracteriza el Estado subsidiario como proyecto político-social-educacional: no más que un agregado funcional pero vacío de reglas, incapaz de soportar el sentido de la acción social (Donoso y Alarcón 35).

Empero, la despolitización de la base social no sólo afectó las directrices estatales. Los rasgos de despolitización del sujeto y las prácticas neoliberales impusieron “la pérdida de referentes en la horizontalidad, la incapacidad de reconocer voluntad e intereses como partes constitutivas de la sociedad y su organización” (Mayol, *La transición* 42). A renglón seguido, el sociólogo de la Universidad de Chile se hace parte de la reflexión generalizada sobre el mercado patrón individualista que impulsó el acceso consumista posdictatorial. Es de esta forma cómo “el ciudadano despolitizado pierde referentes: no entiende que su vecino de sesenta años es en alguna medida él mismo, que sus compañeros de trabajo son en alguna medida él mismo” (42).

En concordancia, para Gabriel Salazar, los problemas de fondo que arrastra nuestro país desde comienzos del siglo XIX no han sido realmente solucionados, ni en la transición ni en la dictadura de Pinochet. Efectivamente, no se ha producido una industrialización efectiva,

no se ha descentralizado el país, no se ha establecido un sistema político con participación ciudadana real, no se ha acabado con la desigualdad de los ingresos, no se ha logrado integrar a la totalidad de la sociedad en un mismo proyecto nacional de desarrollo, no hay un sistema educativo apto para la transformación de la realidad local, no se ha revertido la dominación extranjera en la economía nacional, y un larguísimo etcétera (114).

Por su parte, el movimiento estudiantil que salió a las calles el 2011 reseñado en *Lacra* se desplegó antes que ese mismo año. No se puede olvidar que el año 1997 se acentuaron las movilizaciones en respuesta a la "Ley Marco de las Universidades Estatales", la que comulgaba con el autofinanciamiento de las instituciones públicas. Transcurridos pocos años, el 2001, los secundarios se movilizarían en el denominado "mochilazo", en demanda al pase escolar y la regulación por parte de la institucionalidad pública (Sanhueza 177). Empero, la *primavera estudiantil chilena* tendría su mejor antecedente en el *pingüinazo* o Revolución Pingüina. Señala Salazar que el sacudimiento conductual de la ciudadanía con miras a la conquista del espacio público en un esfuerzo colectivo que "luego de décadas de décadas de reptar bajo tierra o por los márgenes, sacó por primera vez su ya asertiva cabeza a la superficie en el "pingüinazo" del 2005-2006" (45). Dicho impulso ciudadano fue anulado por la Concertación, mas no aniquilado en su totalidad, atestiguado en su renacer cinco años después. Jorge Rojas, académico de la Universidad de Concepción, asimismo, reconoce al *pingüinazo* como parte de una serie de etapas históricas⁴ vinculadas entre sí desde los años 1980s hasta las masivas marchas del año en que se concibió el libro *Lacra*.

Llevada a cabo por estudiantes secundarios, el *pingüinazo* giró en torno a la reformulación de la nombrada Ley Orgánica Constitucional de Enseñanza (LOCE), la que regulaba los requisitos mínimos de la enseñanza básica y media. Además, mediante multitudinarias marchas, paros y tomas de colegios, los secundarios exigían "la gratuidad de la PSU (Prueba de Selección Universitaria), la gratuidad del pase escolar y la locomoción

⁴ Las etapas históricas reseñadas por Rojas son las siguientes: i) el descubrimiento a comienzos de la década de los ochenta del modelo de sociedad neoliberal, que el capitalismo neoliberal militar impuso al país; ii) la discusión sobre complejo proceso de transición política chilena a la democracia; iii) el movimiento de los secundarios conocido como de los "Pingüinos" en el año 2006; iv) las movilizaciones de los estudiantes contra el costo de los aranceles en el año 2009, antesala de las protestas del 2011 por la educación pública gratuita; y v) las movilizaciones recientes de estudiantes secundarios y universitarios –consideremos en este punto que el libro se lanzó el 2012–, que colocaron definitivamente en la opinión pública el tema de la calidad de la educación, la necesidad de desterrar el lucro de la enseñanza y el imperativo de construir un sistema de educación pública y gratuita que termine con el endeudamiento de los jóvenes y sus familias y cree reales oportunidades de igualdad en el acceso a la formación profesional y al conocimiento (13).

colectiva, junto con reformas a la JEC (Jornada Escolar Completa)” (Sanhueza 177). La respuesta institucional se denominó Ley General de Educación (LGE), norma promulgada efectuada en el primer mandato de Michelle Bachelet. La LGE supuestamente aumentó la regulación estatal, no aceptó las discriminaciones por estatus socioeconómico aunque no intervino la noción de enseñanza. Cabe consignar que la ley no incluyó ni siquiera una vez la palabra *lucro* (Donoso 41), eje que en el futuro articulará las reivindicaciones estudiantiles.

En este contexto, el año 2011 quedó sindicado como el año en que el movimiento estudiantil se desplegó con más fuerza. En este sentido, hasta noviembre de ese mismo año, “cada demostración pública logró reunir un promedio de 150.000 manifestantes, pero, desde julio las demandas de los estudiantes ya no eran sólo económicas sino también políticas” (García y Aguirre 154). Sólo por nombrar algunos ejemplos específicos,

el 16 de junio la protesta alcanzó un número que bordeaba entre 80 mil y 50 mil manifestantes y 50 mil en regiones. El 23 de junio se vuelve a convocar a movilización, pero ahora por parte de los estudiantes secundarios. Por su parte, el CONFECH y el Colegio de Profesores llaman nuevamente a paro nacional para el 30 de junio, llegando a una cifra de 200 mil manifestantes sólo en la capital (Sanhueza 182).

El autor no permaneció indiferente frente a los tiempos que se inauguraban. Su interés por las problemáticas educacionales se inició en su libro *La educación* (2012), cuya reseña de la jornada del 17 de Junio de 2011 es planteada como “una demostración de fuerza indesmentible del descontento estudiantil y ciudadano ante un modelo educativo y económico que, en lugar de disminuir, aumenta exponencialmente las diferencias sociales, sometiendo a grandes grupos a callejones sin salida” (188-189). La inclusión de elementos relativos al movimiento estudiantil es incrementada en sus novelas posteriores.

Acorde a ello, el 4 de agosto –día largamente reseñado en *Lacra*– es el punto a partir del cual se evidenció de manera más palmaria la oleada de tomas de colegios, universidades y la respuesta del gobierno de Piñera. No es casual inclusión de Leonart de ese día en su novela, considerando que aquella jornada pasó a la historia como “la jornada de protesta más intensa desde 1990” (Avendaño 50). Marcada por la represión, se evidenció a su vez que el “movimiento que desde hace tiempo dejaba de ser meramente estudiantil para integrar a la gente de a pie, esa noche se hicieron notar los cacerolazos por parte de la población en

Santiago” (Sanhueza 183). Ese mismo mes, moría Manuel Gutiérrez, sin participación directa en aquella jornada de movilización nacional.

Si hemos de referirnos a las exigencias del movimiento ciudadano del 2011, es imperativo mencionar que los temas centrales referidos a las políticas educacionales abordados por el movimiento fueron

el problema del el financiamiento basal a las universidades, el incremento de las becas a estudiantes, la solución del endeudamiento estudiantil, la democratización de las instituciones universitarias, la falta de claridad sobre las modalidades institucionales de desmunicipalización de la enseñanza básica y media, entre otras (Rojas 125).

Sin embargo, según remite el mismo Rojas, “la principal crítica apunta al lucro y por ello se propone la gratuidad de la educación y la democratización de la gestión, que se sitúa en el centro de las demandas y movilizaciones que conmocionan actualmente al país” (125). Lucro que, aporta Carlos Ruiz de manera similar, fue elevado como bandera de lucha por los sectores medios –los más vapuleados por las opresivas deudas que supone la formación superior–, conformándose como causa última de la crisis educativa (*Chilenos* 138). Si bien se estipula que los criterios de lucro para las universidades quedaron prohibidos el año 1981, momento en el que el Gobierno militar autorizó la creación de universidades de corte privado, María Olivia Mönckeberg, periodista y académica chilena, señala en su libro *El negocio de las universidades en Chile* que

en la realidad las universidades privadas obtienen cuantiosas utilidades, mientras sus verdaderos dueños usan diversos subterfugios para lograr captar más dinero, proveniente de los elevados aranceles que pagan los ‘estudiantes clientes’ para seguir haciendo funcionar la máquina de esta peculiar industria (11).

En consecuencia, los estudiantes propusieron el fin al lucro en todos sus niveles, entendiéndose éste como la práctica que designa, de acuerdo con Marcelo Leonart en sus primeras páginas de *Lacra*, “ganancia o el provecho que se saca de algo” (2). Si bien el lucro hace referencia a la maximización de la utilidad o ganancia (Donoso y Alarcón 36), no obstante, se torna necesario enfatizar aquí que la definición de lucro, fácilmente confundible con simple ganancia, tiene un matiz semántico diferente, puesto que, a diferencia del concepto

al que nos estamos refiriendo, “la ganancia representa una proporción correspondiente a cambio de esfuerzo, disponibilidad de recursos, oportunidad, etc.” (Donoso y Alarcón 39). Lucro, en la otra orilla, apunta hacia un desequilibrio en la redistribución del dinero:

Se refiere al destino que deben tener las ganancias o excedente producido: en las instituciones con fines de lucro los dueños y/o controladores de la organización pueden disponer libremente de las ganancias, y por tanto retirar una parte o el total para su propio beneficio; en las organizaciones sin fines de lucro el total de las ganancias debe ser utilizado para el beneficio y crecimiento de la propia organización en cumplimiento de su misión, estando prohibido que los dueños o controladores se las apropien aunque sea parcialmente (Bellei 2).

Así planteado, el lucro es el correlato del sistema neoliberal y de sus planteamientos individualistas como “manifestación extrema del emprendimiento privado: es posible si y sólo si se elimina cualquier interferencia que obstruya la iniciativa individual, por lo que puede decirse de él que exige completa autonomía” (Donoso y Alarcón 42). Por parte del movimiento estudiantil, su impugnación al lucro no aspiró sólo a ajustar la ganancia desmedida que podían acumular personas naturales o jurídicas. Se nutrió, del mismo modo, de la queja ante un sistema que, cimentado en una asimetría por un bien por el cual unos pagan y otros lucran, contribuía precisamente a mantener esa brecha como tal. En definitiva, se desenterraron con las movilizaciones las interrogantes sobre los modos de acaparamiento y conformación del poder y del capital, a la par de una crítica acérrima frente al endeudamiento forzoso.

En síntesis, para algunos, como síntoma ineludible de una crisis del neoliberalismo a nivel mundial con claros guiños a la primavera árabe, el movimiento que logró reunir una fracción relevante de la opinión pública de diferentes sectores sociales, públicos, privados, barriales, gremiales y regionales implicó “el cuestionamiento del sistema educativo emprendido por los estudiantes pone por primera vez en entredicho el consenso mediante el cual el sistema político chileno ha obtenido su legitimidad durante más de treinta años” (García y Aguirre 147). La crisis de la educación, por lo tanto, atacó a las capas más profundas detrás de la impugnación al lucro o a la calidad de la educación. Fue un movimiento capaz de articular una sólida crítica hacia el sistema neoliberal y el Estado contemplativo y ausente que

había posibilitado el escenario actual de grandes brechas de desigualdad, sobreendeudamiento e irregularidades en prácticamente todas las áreas.

Para concluir, podemos decir que estamos en una coyuntura política que aún no está finalizada. El cambio del modelo, el fin del lucro y la consagración de un sistema de educativo gratuito, de calidad, pluralista y público está todavía lejos de ser una realidad en el Chile actual, pues implica una reformulación de los pilares básicos del sistema neoliberal. Y en estos procesos trabajosos y largos, se tornan necesarios los productos culturales que hagan referencia a la situación de Chile en su necesidad de cambio, debate político y problemas no resueltos. Es en este sentido en que hemos situado a *Lacra*, de Marcelo Leonart, como una que está hablando desde la envergadura de este discurso crítico.

IV. Conceptos teóricos: agencia política y política posmoderna

Como ya se estableció en la sección introductoria de esta investigación, la tesis que estimula este trabajo corresponde al grado de agencia política que se lleva a cabo en la obra *Lacra* de Marcelo Leonart. El propósito de este capítulo es perfilar el concepto principal de agencia de la mano de la crítica feminista Judith Butler, contenido en *Lenguaje, poder e identidad* con posterioridad a unos cuantos acercamientos generales al concepto. De igual forma, se considera pertinente complementar la noción de agencia junto con la idea de “marco” que Butler ampara en *Marcos de Guerra. Las vidas lloradas*. Posteriormente, creemos justo mencionar consideraciones de política en tiempos posmodernos junto con la teórica belga Chantal Mouffe y, más al este, el filósofo esloveno Slavoj Žižek.

La expresión agencia proviene de la terminología anglosajona *agency*, traducida como acción o actuación. El matiz específico del concepto, más que referirse a la capacidad de actuar del sujeto de manera personal o individual, se acerca más bien a una manera relacional de verificar la acción, es decir, emerge en contexto de relaciones en un *poder hacer* que se completa en la medida en que somos capaces de introducir una novedad en el mundo (Ema López 15). Al debate en torno a la propia acción y a la capacidad de actuar, que, tradicionalmente, la teoría social ha definido como agencia, se puede acceder por varios caminos.

En términos generales, se pueden comprender el término *agency* a partir de dos extremos: aquél que considera la incapacidad de ejercer cualquier propiedad de agencia trasladándola a un efecto de las estructuras que actúan en la trastienda del sujeto, catalogada como estructuralista (Ema López 14). En la otra orilla se verifican aquellos posicionamientos que contemplan al sujeto como ente autónomo, capaz de desanudarse totalmente de las constreñidas estructuras que podrían determinarlo. En la postura de José Enrique Ema López, al medio de ambas vías, se encuentran aquellas opciones que se “distancian de una representación cerrada de la estructura social” (14). Consideramos, por ende, partir de una aproximación al término mediante la constatación de que las estructuras no pueden determinar ciegamente y que, al mismo tiempo, no es factible considerar al sujeto como ente estable en los tiempos posmodernos. Nos quedamos, de esta manera, con esta definición inicial que plantea el teórico desde la psicología social: “la agencia como potencia se refiere a la

capacidad-posibilidad de producir un efecto de novedad frente a un trasfondo de constricciones normativas” (17) capaces de generar un movimiento de subversión estableciendo conexiones y responsabilidades.

Como síntoma de la escasa pertinencia que parece tener en los tiempos posmodernos la terminología agencia, consideramos relevante afianzar con Zigmunt Bauman nuestra exposición teórica. Dentro de la teoría de la acción social, para Bauman, en *En busca de la política*, el concepto *agency* “se emplea para definir la capacidad de los seres humanos para obrar de acuerdo con la determinación de su propia voluntad” (14). En el pensamiento del teórico polaco, la agencia se encuentra disipada en la época actual, notoriamente inclinada hacia la noción de que pareciera no haber decisiones sensatas ni menos duraderas ante la crisis de prácticamente todo el espectro social, cultural y político. No es un asunto secundario considerar que nos encontramos en un momento en el que los poderes de la ciudadanía se hallan apartados de lo que él denomina *agora*, espacio político en el que se reúnen lo público y lo privado, además de negociarse el espectro de elecciones posibles y el debate correspondiente para llegar a una solución (117). El abandono de lo público y la diáspora del espacio social hacia lo privado, consigna Bauman, conforman una red de subjetividades ensombrecidas por el escaso poder estatal, incapaces de llenar el vacío con una agencia significativa. En su lugar, se ha erigido otro elemento en estos tiempos apremiantes:

La agenda se establece igual que antes, solo que ahora un nuevo agente operativo, no político, ha desplazado a su predecesor político o, por lo menos, ha empezado a tocar el primer violín en vez del segundo. Las presiones del mercado reemplazan a la legislación política en cuanto al establecimiento de la agencia (Bauman 83).

El vínculo que hace Bauman respecto a la carencia de agencia política, en gran parte por culpa del auge mercantil, es uno de los frentes atacados por Marcelo Leonart en *Lacra*. Bauman aboga por un tipo de agencia que implique “primordialmente la capacidad de influir sobre las circunstancias de su propia vida, formar el significado del “bien común” y hacer que las instituciones sociales cumplan con ese significado” (116) en el sentido de la posibilidad de hacer *algo* con su libertad, *repolitizando* el espacio perdido del ágora e iluminando aquellos actores que, tras bambalinas, parecen ser los agentes con verdadera potestad alejados de la negociación y el control democrático.

Asimismo, nos permitimos delinear otro punto cardinal en relación con la agencia política, como lo es su aplicación en el ámbito de la democracia deliberativa. Facundo García Valverde, licenciado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, verifica la importancia de la agencia en un contexto en el cual urge la necesidad de encontrar una solución aceptable para todos los involucrados en un torbellino de múltiples desacuerdos (227). Claramente, si hablamos de soluciones políticas existe un gran elenco de formas de gobierno que incluye, desde la toma de decisiones de parte de todos de manera igualitaria, la deliberación en manos de un único sujeto, hasta el término del conflicto de parte de un comité especializado, por sólo nombrar algunas. De este abanico de opciones, aquella que aporta con un procedimiento adecuado, en pos de no violar la equidad, a todas luces es el régimen democrático. Pese a su talante idóneo, la democracia ha de cumplir requisitos. En este sentido, la tesis de García Valverde es que, a pesar de ser la democracia la mejor de las opciones, la toma de decisiones colectiva y equitativa no conduce necesariamente a una agencia plena. Es sus propias palabras:

la legitimidad democrática debe incluir necesariamente el valor del respeto por la agencia política de los ciudadanos, esto es, que se explique en qué sentido los resultados de los procedimientos democráticos reflejan los juicios políticos de os ciudadanos, su identidad política (226).

¿Cómo alcanzar una legitimidad en la democracia que se articule con la agencia? En estricto rigor, el procedimiento ha de ofrecer “oportunidades para que los individuos tomen mayor responsabilidad por su resultado y puedan considerarlo parte de un proyecto común de comunidad política” (234), es decir, es preciso que el ciudadano se identifique como posible autor de esas decisiones, considerando siempre la necesidad de afianzar un intercambio dialógico. Por lo tanto, las deliberaciones que el sujeto transmuta en la agencia son de corte personal, pero además con miras a modificar el entorno social compartido. Todo nos lleva a indicar que García Valverde discierne la importancia del concepto en diferentes escalas de acción. Se infiere que la agencia es aplicable tanto a aquellas acciones de responsabilidad individual, una votación de carácter masivo, por ejemplo, además de aquellas acciones que involucran una responsabilidad mayor, donde se incluirían la postulación a cargos políticos, la militancia en partidos, la activa participación en un sindicato, la manifestación en un espacio público (237).

Judith Butler es un buen acercamiento a la hora de ver estos planteamientos en una obra literaria. Butler se ampara primeramente en la definición que declara a la agencia como un acto con determinadas consecuencias (Butler, *Lenguaje* 24). A partir de ahí, el término se ligará con la facultad humana del lenguaje. Siguiendo los planteamientos pragmáticos de Austin y en particular su *Cómo hacer cosas con palabras*, la teórica estadounidense plantea que el lenguaje es portador de acción:

Hacemos cosas con palabras, producimos efectos con el lenguaje, y hacemos cosas al lenguaje, pero también el lenguaje es aquello que hacemos (el nombre de una acción que llevamos a cabo de forma característica) y aquello que efectuamos, el acto y sus consecuencias (Butler, *Lenguaje* 26).

En este sentido, el lugar de inscripción del individuo es el lenguaje concibiéndolo como “el mecanismo primordial de constitución del sujeto, a través del cual el ser humano es introducido a un determinado orden cultural y se le otorga un lugar desde dónde reconocerse y ser reconocido” (Castillo Gallardo 283). La agencia, indudablemente ligada a la formulación dentro de la lengua, se verifica en la misma mención. De la siguiente manera, lo manifiesta la teórica estadounidense: “puesto que esta formulación se da en el lenguaje, la "agencia" del lenguaje es no sólo el objeto de la formulación, sino su misma acción. Ambas, la formulación y la sustitución figurada, ejemplifican lo que es la agencia” (*Lenguaje* 22).

En este sentido, el problema que percibe Butler en las teorías modernas sobre la agencia es que todas la piensan como una capacidad exclusiva del hombre o mujer dejando de lado la posibilidad de que ésta se presente como una herramienta opaca y no transparente (Castillo Gallardo 284). Según menciona Castillo Gallardo, es insoslayable que el lenguaje requiere de un repertorio de normas para apelar a un horizonte común de iterabilidad para lograr alguna efectividad (284). Además, si bien la relación entre el sujeto y la agencia es inevitable debido a la universalidad de la capacidad del lenguaje, el sujeto aporta con la doble militancia de ser al mismo tiempo un “efecto del poder, concebido como anterior al sujeto, y la condición para una agencia que ha sido formada por las condiciones del poder que constituye el sujeto” (Alves de Atayde 141).

Considerando lo anterior, hemos de señalar que la concepción de Butler es que la soberanía del sujeto jamás va a ser total en un texto. El siguiente párrafo es el núcleo central del pensamiento sobre agencia que Judith Butler promulga:

Yo propongo que la agencia comienza allí donde la soberanía declina. Aquel que actúa... actúa precisamente en la medida que él o ella es constituido en tanto que actor y, por lo tanto, opera desde el principio dentro de un campo lingüístico de restricciones que son al mismo tiempo posibilidades (*Lenguaje* 37).

¿En qué sentido, entonces, podemos pensar que esta definición de agencia puede ser observada en las obras literarias que hemos seleccionado si no hay un espacio soberano? Pues en el sentido de pesquisar que “la responsabilidad está relacionada con el lenguaje en tanto que repetición, y no con el lenguaje como origen” (Butler, *Lenguaje* 69) por lo que el gran trabajo del agente es plegarse a las herramientas proporcionadas por un marco anterior a él y resignificar desde esa situación, asumiéndose como no determinado por las reglas del discurso (Alves de Atayde 41). De esta manera, el narrador de *Lacra* efectúa constantemente una serie de repeticiones sobre los mismos núcleos semánticos: el lucro y la lacra, susceptibles de modificarse a la luz de la agencia política de Butler, puesto que esas mismas palabras “son capaces de recontextualizarse de formas más afirmativas”, es decir, abren las “posibilidades de agencia” (*Lenguaje* 36) generando variaciones que desestabilizan las normas preestablecidas.

La segunda noción de Judith Butler que hemos de rescatar se encuentra en el libro *Marcos de Guerra*, que, motivado por la invasión de Estados Unidos al Medio Oriente, está eminentemente concebido en el terreno de los medios de comunicación y su tratamiento fotográfico de lo bélico.

Considerando los marcos como la manera de repartir la experiencia (*Marcos* 47) la noción de marco que manejaremos corresponderá a aquellos principios estructurantes que norman la imagen o tema que intentan mostrar. Respecto a la propia vida, este concepto delimita que “la manera en que soy encontrado, o sostenido, depende fundamentalmente de las redes sociales y políticas en las que vive el cuerpo, de cómo soy considerado y tratado y de cómo esta consideración y este trato hacen vivible o no dicha vida” (*Marcos* 83).

Las significancias políticas del concepto de marco son amplias. Para empezar, permiten hacer una distinción entre la condición de precariedad generalizada en que vive la población debido a los peligros naturales a los que se expone el cuerpo –los cuerpos de otros, el azar, la vejez, las enfermedades– deslindándolo de la *precaridad*, concepto específico que

denota cómo esos cuerpos están desprotegidos políticamente y denostados socialmente. Si los marcos “mediante los cuales aprehendemos, o no conseguimos aprehender, las vidas de los demás como perdidas o dañadas (susceptibles de perderse o de dañarse) están políticamente saturados” (*Marcos* 13-14) es debido a que la condición de *precaridad* es sólo vivido por algunos.

Existen otras áreas de las cuales debemos hacernos cargo a la hora de hablar de política. ¿Cómo se concibe lo político y la política en los tiempos posmodernos? ¿Es posible articular una política coherente que permita la agencia en los individuos de una determinada comunidad? La filósofa y politóloga belga Chantal Mouffe ofrece una buena aproximación al intento de esgrimir una opción política viable en los tiempos de la posmodernidad. Haciéndose cargo de la época posmoderna y cómo la discusión acerca del sujeto fluido aporta a su concepción de política, Mouffe postula la noción de *democracia radical*, la cual sólo es posible en la medida en que “ningún agente social está en condiciones de aparecer como dueño del fundamento de la sociedad y representante de la totalidad” (19).

La postura teórica de la autora establece la necesidad de lograr una división de aguas entre los términos antagonismo y agonismo. El primer concepto presume una relación con el enemigo usando la terminología de *lo* político, mientras que el agonismo hace referencia a una relación con el adversario en terrenos de *la* política propiamente tal. El matiz semántico corresponde a una noción de que el adversario no es otro hostil que haya que excluir, sino que más bien es precisamente en su trabajo con él lo que afincaría el establecimiento de la democracia. En sus propias palabras, en la democracia moderna

la política consiste siempre en “domesticar” la hostilidad y en tratar de neutralizar el antagonismo potencial que acompaña toda construcción de identidades colectivas. El objetivo de una política democrática no reside en eliminar las pasiones ni en relegarlas a la esfera privada, sino en movilizarlas y ponerlas en escena de acuerdo con los dispositivos agonísticos que favorecen el respeto de pluralismo (14).

Mouffe realiza un diagnóstico acerca del denostado lugar en el que se ha arrinconado a la política y sobre la racionalidad que impera en la negociación entre individuos. En razón de ello, identifica “la paradoja del liberalismo”, es decir, la resolución de toda exclusión recurriendo a la carta de la racionalidad, en pos de parecer neutral (192). En otras palabras, la

principal razón de la caída en desgracia de la política en tiempos posmodernos, para Mouffe, se debería a que se fundamentan las decisiones basadas en la racionalidad, negando “el rol predominante de las pasiones como fuerzas que mueven la conducta humana” (190). Así concebida, la política que se dice estar fundamentada en la racionalidad, cubierta con el velo de los términos “diálogo” o “ignorancia”, está claramente vaciada de su función colectiva y se demuestra contraria “a la incertidumbre constitutiva de la democracia moderna” (199). La reseña de este tipo de política se torna relevante a la hora de confrontarlo con la colonización del lenguaje técnico en la esfera política vivenciada durante la dictadura y la transición chilenas. Así formulado, en gobiernos de la Concertación se comulgó con una sustracción de “muchas responsabilidades estatales de la política abierta, presentadas como «técnicas» y «apolíticas»” (Ruiz 29).

Otros planteamientos de Mouffe son igualmente útiles. La autora de *El retorno de lo político* defiende la idea de que la distinción derecha/izquierda debería ser restaurada (lo que es particularmente útil en nuestro trabajo, en razón de la representación que se efectúa sobre dichas esferas de los partidos) como terreno nutricional de las diferentes concepciones de ciudadanía y que, además, en pos de un pluralismo defendido a ultranza, es necesario no llegar por ninguna vía a la exclusión, es decir, al escenario en el que un “nosotros” no tuviera un correlato en “ellos”. La idea, por lo tanto, es “llegar a establecer la discriminación nosotros/ellos de tal modo que resulte compatible con el pluralismo” (16).

Sin lugar a dudas, el sujeto postmoderno se conforma como un elemento complejo en el ámbito de la responsabilidad que puede tener una concepción de sujeto incognoscible, fluida y poco definida. No obstante, ante la pregunta de si la muerte del sujeto constante y definible lleva consigo la caída de la política, la respuesta es negativa. Mouffe, contundentemente, afirma que no es necesario tener un sujeto unitario que se valide como fuente única de inteligibilidad sobre sus acciones (31). Lo que es propio de las nuevas luchas sociales, llámese movimientos de liberación homosexual, luchas feministas o agrupaciones en contra del racismo, es la “la multiplicidad de posiciones subjetivas que constituyen un único agente y la posibilidad de que esta multiplicidad se convierta en sede de un antagonismo y que, por tanto, se politice” (31). Así, efectivamente hay un lugar de ambivalencia y ambigüedades, pero como el escenario de una nueva acción política con la que Mouffe es categórica:

es indispensable desarrollar una teoría de sujeto como agente descentrado, destotalizado, de un sujeto construido en el punto de intersección de una multiplicidad de posiciones subjetivas entre las que no hay ninguna relación *a priori* o necesaria y cuya articulación es consecuencia de prácticas hegemónicas (31-32).

Este sujeto puede (y debe) optar al tipo de ciudadanía que propone Mouffe, que toma las señas de “una forma de identidad política que consiste en la identificación con los principios políticos de la democracia moderna pluralista, es decir, en la afirmación de la libertad y la igualdad para a todos” (120). Butler también aporta con una concepción del sujeto posmoderno similar ligada a la responsabilidad de la que debieran ser partícipes las comunidades humanas: “si bien el sujeto es opaco para sí mismo, no plenamente transparente y cognoscible para sí, no por ello está autorizado a hacer lo que quiera u olvidar sus obligaciones para los demás” (*Dar cuenta* 34).

Un poco más al este de Europa, el filósofo Slavoj Žižek ofrece una visión sobre la política que también nos resulta productiva en *En defensa de la intolerancia*. El aporte del autor se cimienta sobre la necesidad, en estos tiempos donde reina el multiculturalismo, de suministrar una inyección de intolerancia para reavivar las pasiones políticas (12). Su visión de la política identitaria postmoderna, en la que los estilos de vida particulares son glorificados, “se adapta perfectamente a la idea de la sociedad despolitizada” (46), concluyendo que es la verdadera muerte de la política (47). De esta forma, Žižek se configura como acérrimo crítico del multiculturalismo, debido a que su defensa anula –o al menos difumina– la lucha política más amplia contra el capital, al contener reivindicaciones de grupos humanos específicos (de corte étnico, homosexual, feminista, etc.).

En contraste con lo anterior, Žižek plantea que la política se manifiesta en el “momento en el que una reivindicación específica no es simplemente un elemento en la negociación de intereses sino que apunta a algo más y empieza a funcionar como condensación metafórica de la completa reestructuración de todo el espacio social” (46), es decir, dejar de pensar que el neoliberalismo/capitalismo es imposible de combatir, volcándose por lo tanto a luchas consideradas más pequeñas y accesibles. Asimismo, la verdadera lucha política

no consiste en una discusión racional entre intereses múltiples, sino que es la lucha paralela por conseguir hacer oír la propia voz y que sea reconocido como

la voz de un interlocutor legítimo...la verdadera apuesta no está en las reivindicaciones explícita...sino en el derecho fundamental da ser escuchados y reconocidos como iguales en la discusión (27).

Si intentamos bosquejar una definición de Žižek en relación a la agencia, ésta aspiraría a derrocar el sistema neoliberal, no mediante la mera intervención sino abogando por “*aquello que modifica el contexto que determina el funcionamiento de las cosas*” (32, la cursiva es del texto). Así concebida, “la verdadera política...es el *arte de lo imposible*, es lo que cambia los parámetros de lo que se considera “posible”, en la constelación existente del momento” (33).

Hasta este momento, hemos revisado las bases de la poética de Marcelo Leonart, definida por los conceptos de literatura *híbrida*, literatura *epicúrea* y el quiebre en su conformación escritural hacia una crítica más explícita y excesiva. Asimismo, hemos revisado el contexto histórico en el que *Lacra* encuentra como obra referida al movimiento estudiantil con relevantes figuras del panorama político y económico de la época. Por añadidura, en el presente capítulo, nos hemos referido a nuestras herramientas básicas que utilizaremos en el análisis: los conceptos de agencia y marco de Judith Butler y la concepción de la política posmoderna de Mouffe y Žižek. En el capítulo siguiente, aplicaremos todo este entramado teórico para sustentar nuestra hipótesis de la agencia política en *Lacra*: una agencia política en el cuerpo y en la mención que camina en la cuerda floja en su calidad de literatura posmoderna.

V. Análisis textual

Porque esto que escribo seguramente a nadie le importa. Y esa es la medida de mi fracaso.

Marcelo Leonart. *Lacra*.

Después de una serie de aproximaciones a la trayectoria de Leonart en cuanto a los rasgos distintivos de su obra y su contexto de producción, en el presente capítulo llegamos al núcleo de la tesis en nuestro problema de la agencia política en la escritura de *Lacra*. Para ello, el principal recurso metodológico corresponde a los lineamientos de Fredric Jameson en su libro *Documentos de cultura, documentos de barbarie*, originalmente titulado en inglés *The Political Unconscious*, en el que el teórico estadounidense propone un método marxista de interpretación literaria y cultural. Mediante la confección de tres horizontes semánticos diferentes y además concéntricos, Jameson introduce en cada uno de estos peldaños, delimitados por lo político, diversos enfoques. De esta forma, el compartimiento que inaugura este análisis concibe a la política en términos simbólicos, el segundo horizonte verifica su relación con la clase social mientras que el tercero hace referencia al modo de producción. Este ordenamiento tripartito facilita el análisis de la agencia política específica en cada nivel, delimitando sus características y su vinculación con los otros niveles en aras de demostrar la problemática agencia política que trasluce el quinto libro de Leonart.

A. Primer horizonte de lo estrechamente político: la agencia política en el cuerpo

En el primer peldaño de nuestro análisis textual, el objeto de estudio se desenvuelve como una expresión literaria individual en la que oposiciones formales dan cuenta de oposiciones sociales (Jameson, *Documentos* 64), de la mano de lo estrechamente político en términos institucionales o cotidianos. En este sentido, debemos atenernos en este segmento a un análisis binario básico que delimite a la derecha y a la izquierda política que se perciben en *Lacra*, cuidando aquellos detalles formales que, indudablemente, distinguen a los personajes en este horizonte. El primero de los horizontes, contiene, además, la fuerte matriz simbólica contenida en el suicidio de la figura del prestamista, eje significativo respecto a la agencia política: una agencia corporal que determina la autoaniquilación del personaje como estrategia de separación de las otras dos figuras de la novela.

Es necesario recordar que la narración de *Lacra* le sigue la pista a tres personajes en sus respectivas sendas por la capital (Mapocho-Las Condes, Vitacura-Plaza Italia, La Dehesa-San Bernardo). Dos de los tres recorridos que estructuran la novela están referidos a miembros de la élite, circunscritos al ámbito conservador y propiamente asignados a la derecha política de este país. En su condición de clase dominante, además de detentar gran poder económico, cuentan con una historia familiar con profundas raíces históricas en la sociedad chilena. Los orígenes españoles de sus respectivos clanes y las personalidades insignes de su parentela (como es el caso de Eliodoro Matte o Eduardo Matte, empresario y ministro de Estado respectivamente) son ampliamente reseñados. En definitiva, ligados al gobierno de Sebastián Piñera, las figuras que se llevan todo el peso político-partidista corresponden a don Carlos y Patricia ‘Pata’ Matte, en sus roles de senador de la República, por un lado, y sostenedora de un colegio particular subvencionado con un entusiasta pasado en la creación de *Patria y Libertad*.

El personaje don Carlos, protagonista del segundo recorrido Vitacura-Plaza Italia, es, a prueba de toda duda, un calco del político y abogado Carlos Larraín Peña, quien fuera senador (designado) por la región de Los Ríos hasta el año 2014. Conjuntamente, ejerció la presidencia del partido Renovación Nacional, de corte neoliberal y conservador, durante ocho años previos a la elección de Cristián Monckeberg. Dicho conglomerado, aliado con la Unión Demócrata Independiente (UDI) en la extinta *Coalición por el Cambio*, llevarían a la presidencia en 2010 a Sebastián Piñera, hijo ilustre del mismo partido de Larraín Peña. Respecto al retorno de la derecha al sillón presidencial desde el golpe, la emulación literaria declara que los chilenos se quejan “por la pica concertacionista de que, después de veinte años de fiesta y despilfarro, le hayamos birlado el poder” (78). En definitiva, la caracterización del protagonista es incuestionable:

Y respira hondo. Porque soy marido y padre. Abogado y senador. Y, gracias a mi plata y a la de mi señora, actor político y presidente de partido. Hombre influyente al fin y al cabo. Como toda mi familia en la historia de Chile... Esta es la fuerza de la oración matutina. Tiemblen, comunistas y maricones. *Arrepiéntanse, inútiles y subversivos*. Como un cruzado de malla y armadura, como un Quijote obscenamente millonario este 2011, allá voy con mi espada y correcta visión del mundo, a por ustedes (77, el subrayado es nuestro).

La identificación de su referente es clara no sólo en la congruencia de los cargos políticos, el cáncer de piel que padeció la persona real y su filiación irrestricta al Opus Dei. En la preocupación por retrato del personaje, nos parece digno de rescatar, asimismo, la declaración a la prensa del entonces senador de derecha, el día 6 de agosto, retomada por Marcelo Leonart con amplias repercusiones posteriores:

«no nos van a doblar la mano una manga de inútiles subversivos», especificando luego que «los inútiles subversivos son los que tiran bombas molotov y le[s] roban a las mujeres». Días antes, el 4 de agosto, los/as estudiantes habían convocado a una marcha que se caracterizó por una desmedida represión policial (Cárdenas Neira 178).

Colaboradora del régimen de Pinochet, Pata Matte entra en el juego como personaje principal del tercer recorrido (La Dehesa-San Bernardo). Reflejo de la auténtica Patricia Matte Larraín, precedida por su apellido poderoso, Patricia es socióloga de profesión además de ser abuela de una de las víctimas fatales del bus siniestrado del Colegio Cumbres el año 2008. Lo más relevante en este desarrollo es la vinculación de Pata con el grupo de ultraderecha *Patria y Libertad*. Al igual que don Carlos, su afinidad con el movimiento paramilitar chileno es concluyente en términos de delimitar sus afinidades partidistas: “Y ahí están, con sus yelmos adornados con la estrella del Partido Nacional...la Brigada Rolando Matus, dispuestos a chasconearse para defendernos del peligro marxista” (156) comenta Pata en el vehículo que la desplaza hacia el colegio. Páginas después, la elegía al agricultor muerto a balazos en 1971 continúa con una petición de perdón frente a la amenaza que el movimiento estudiantil representa a su colegio: “Y debo pedirle a Rolando Matus, que como un soldado de una patria chica, dio su vida por su pedacito de tierra durante el gobierno de la UP, alentándonos a todos a defender lo nuestro” (171).

Inclinándose este horizonte por las oposiciones formales que conforman el conflicto de la política cotidiana, indudablemente, la intención del narrador es representar a ambos personajes del segundo y tercer recorrido como pertenecientes a una clase social con ciertos modismos verbales. En un esfuerzo mimético traducido en el tratamiento del referente real (no sólo en *los inútiles subversivos*) abundan, por ejemplo, la fraseología campechana, el tono de patrón de don Carlos al referirse a su chofer (105), junto a su propensión a hacer gala del tecnolecto de los abogados. Basta como muestra de esto último su arduo trabajo “preparando

papers y contratos y litigios para mantener y/o aumentar los bienes y capitales que se tienen” (103). Desde su vereda, Patricia Matte es pródiga en impropiedades contra la figura autoral que la intenta retratar (en sus palabras, un fascineroso, cocainómano, marginal, resentido y muchos más).

En contrapartida con el sector de derecha que marca el ritmo de la narración, que posee una voz que se prodiga repetidamente a través del libro, se alza otro grupo político que pareciera no tener una figura definida pero que está gráficamente explicitada. El hecho es que la contraparte política, no enteramente etiquetable con el rótulo de una izquierda constituida, corresponde a la manifestación de la ciudadanía causada por el descontento social, la que, por cierto, ninguno de los dos personajes reseñados ve con buenos ojos. En este sentido, don Carlos comenta, en su viaje al senado, que “las calles iban a ser tomadas por los comunistas de siempre, por los izquierdistas de siempre, por los tontos inútiles de siempre, por los violentos de nuevo y viejo cuño” (80). Pata, por su lado, califica como “el enemigo” (133) a “esa gente violenta y pobre que solo quiere la destrucción del orden establecido” (135).

No obstante, el balance que debemos hacer respecto a este lado de la fricción política no puede sino ser transhistórico. La marcha estudiantil se plasma como una masa no definida (al igual que los encapuchados que se han tomado de colegio de la cual es sostenedora principal Pata Matte) que ostenta una indudable vinculación con otras formas de dominación en años precedentes. Así, la novela no tiene impedimento en efectuar un espejeo entre las manifestaciones masivas de la Alameda y la dominación española sobre el pueblo mapuche. Este es un procedimiento que inicia en el sueño premonitorio de don Carlos al inicio de su recorrido: un relato onírico, asentado en el siglo XVII, en el que el hombre, convertido en un conquistador español, se encuentra rodeado de súbito por un grupo de mapuche (de “salvajes”, en sus palabras) que termina empalándolo. La figura clave de este episodio es la ejecutora, una mujer, que le habla en mapudungun mientras don Carlos responde en latín. La emboscada indígena es replicada en la marcha en la que temerariamente decide adentrarse el hombre y en el que es enjuiciado como figura política: “Solo se ve a sí mismo, en el medio de la multitud que parece reconocerlo. Como abogado. Como senador. Como presidente de partido” (110).

Linchado por la masa, desde el corazón de la marcha emerge una figura femenina que responde a las características de la silueta femenina primigenia. La mujer, ahora moderna,

estudiante y “descendiente de Fresia o de Guacolda” (109), repite el procedimiento de su antepasada con un objeto afilado y don Carlos vive en carne propia su pesadilla.

En todo esto, el personaje del prestamista no puede ser catalogado como una fuerza antagónica en términos de la política cotidiana pues, en su recorrido por la capital, no es capaz de ver las marchas estudiantiles y no profiere opinión al respecto como sí lo hacen los otros. Su posicionamiento político será de otro tipo, reseñado en el apartado siguiente.

Muerte del Prestamista: Momento de la agencia política en el cuerpo

En el primer nivel de análisis, lo que Jameson rescata de las realizaciones literarias es su capacidad de expresar una contradicción social que sólo mediante las palabras es susceptible de ser «resuelta». La solución es planteada entre comillas, pues su tanteo es provisorio y jamás plenamente acabado. Se desprende que dicha contradicción dista de ser conceptualizada de manera directa en la obra, abogando el aparato narrativo por un rechazo a la intolerable clausura que supondría una solución definitiva. Así, según consigna el teórico estadounidense, la contradicción siempre se revelará como lo impensable y lo paradójico (67). En este sentido, ¿cuál es, entonces, la contradicción ofrecida por el texto que nos ocupa y cómo se hace cargo de ella? La respuesta que ofrecemos, en este apartado del primer horizonte de lo político, es la revisión del núcleo significativo para entender *Lacra*: el episodio del fallecimiento del prestamista. En resumidas cuentas, su suicidio, que conforma el entramado significativo y a la vez paradójico de la novela, da cuenta de una agencia política en términos corporales.

Sobre el final de *Lacra*, la interpretación del mismo Leonart acerca de la muerte de la figura anónima es que ésta es asesinada por ser un invasor de la propiedad privada. Señala que “primero, el personaje del prestamista no tiene plata e invade un lugar que no es suyo, la casa de don Carlos y Pata a la vez, quienes lo matan porque es un flaite. En su barrio, tiene mucha plata, pero en La Dehesa o en Vitacura no es nadie” (Leonart, entrevista). El asesinato por parte de terceros, como indicaría el comentario del autor, está ajena a las propias significaciones de su novela. En cambio, proponemos que, mediante su suicidio, el prestamista consagra su definitivo alejamiento de las clases altas a través de un sentimiento de culpa que sólo él manifiesta. Dando forma a una segunda idea, un poco más cercana a la visión del autor,

estimamos que el suicidio se desempeña metafóricamente como un crimen perpetrado por la misma élite.

El prestamista, dentro del trío de protagonistas, es el sujeto que no posee nombre y que vive en el más completo anonimato. En palabras de Patricia Espinosa, “con su «ADN cuma», comparte con la elite dos importantes características: desprecia a los pobres y está ávido de dinero” (62). Si bien el prestamista mantiene los mismos resquemores sobre la posible pérdida de su capital desconfiando de las personas que podrían amenazar sus arcas –en una reproducción de un ideograma de clase que no le pertenece y al cual nos referiremos en un segundo horizonte–, la construcción del personaje gira en torno a, primeramente, hechos de índole violenta. Su infancia cercana al río estuvo marcada por la privación y por la necesidad de conseguir dinero, se vio obligado a buscar sustento económico con clientes sexuales –uno de los cuales terminó muerto por su propia mano al sentir el prestamista que su vida corría peligro– y se sumergió en una relación trezada por los golpes con una pareja de juventud de cuyo nombre no logra acordarse.

Empero, la radical importancia del retrato del prestamista es su lazo con uno de los motivos más repetidos a lo largo de la obra. El personaje del primer recorrido está obsesionado con la muerte de un niño culpado injustamente por un robo de mil pesos en el año 1979. El fallecido, como viene siendo la tónica, es anónimo, y su relación con el prestamista, desconocida. A este niño muerto, recurrente en sus pensamientos y motor primitivo de su aversión a la sangre con el nombre clínico de hematofobia, lo cubre un velo de indeterminación, al igual que a él mismo y a aquél que le dio muerte:

Cuando vio a ese hombrón grande que podría ser su papá o su tío o el huevón que se culiaba a su mamá, aforrándole a ese niño chico que era su hermano o un primo o un simple amiguito sin nombre ni familia, primero con las manos y después con un palo y después con una piedra, porque el cabro chico (de eso sí se acordaba, en los gritos en medio de los golpes de eso se acordaba) le había robado al hombrón una cajita de metal donde este guardaba como hueso santo mil pesos (39).

Ahora bien, la amenaza contra la integridad de los cuerpos es una pulsión vista en todos los personajes de la novela. Se tematiza reiteradamente la muerte de la nieta de Pata Matte y sus compañeras en el accidente del Colegio Cumbres, uno de los más exclusivos de Chile, y un

acongojado senador recuerda el fallecimiento de su hija de 8 o 9 años. Don Carlos, asimismo, sufre de un agresivo cáncer y corre el riesgo de resultar gravemente herido en una marcha. Incluso Pata Matte no se encuentra inmune ante la posible violencia que puede encontrar en su colegio tomado por los estudiantes.

El pensamiento del que partiremos, por tanto, es éste: se presenta en *Lacra* una precariedad generalizada, que afecta a todos los cuerpos, sin importar las barreras de clase o educación. La precariedad de la vida, en definitiva, está en el terreno de lo universal, en la medida en que todos los cuerpos pueden dejar de existir de un momento a otro dada a su natural fragilidad. Judith Butler, al respecto, manifiesta que “la precariedad tiene que ser captada no simplemente como un rasgo de *esta* o esa vida, sino como una condición generalizada cuya generalidad sólo puede ser negada negando precisamente la precariedad” (*Marcos* 42). Dicha característica se fundamenta en el terreno de la ontología corporal propuesta por Butler, cuyo objetivo contempla explicitar la manera en que el «ser», de manera inevitable, se encuentra entregado a otros y subyugado a las relaciones que se mantienen con esos otros, traducidos como otros cuerpos, normas y políticas que pueden o no atentar contra el bienestar del propio cuerpo (*Marcos* 40)

En todo esto, sin embargo, no podemos obviar un hecho fundamental: las niñas del establecimiento localizado en los faldeos de San Carlos de Apoquindo perecen por azar o por accidente y Don Carlos es víctima de sus propias malas decisiones. Por el contrario, el prestamista está sometido de manera constante a la violencia y claramente, la muerte del niño anónimo asesinado, de nacer en otra cuna, habría sido significativamente diferente.

Sin mayor demora, el reverso de la moneda más oportuno al caso del niño anónimo lo proporciona la propia novela. El horroroso crimen de Rodrigo Anfruns Papi, secuestrado el 3 de junio de ese mismo año, se consagra como todo lo que *no* es el crimen en los barriales del Mapocho: Rodrigo es ampliamente buscado, llorado y recordado. Se despliega, entorno a su desaparición, un amplio operativo mediático y policial. El contraste es evidente:

Nadie, en esa mesa familiar, ponía el grito en el cielo por la ausencia de un niño de cinco o seis años, como sí lo hacían en familias de clase alta, o de clase media como la mía, o de clase media como la de Rodrigo Anfruns Papi, alumno del segundo básico del Colegio La Salle, desaparecido el 3 de junio de ese mismo año 1979 (43).

¿Qué implica, por lo tanto, el tipo de precariedad de la que estamos hablando en *Lacra*? Los dardos apuntan directamente a un problema económico que tiene como telón de fondo un descuido institucional. De ahí que el narrador se pregunte, en relación al prestamista:

¿Había pensado, mientras oía a su madre culiar con el hombrón...que era la *precariedad financiera* la que lo mantenía desprotegido, la que lo tenía condenado, la que ejercía el rol de un muro de cemento feroz de grueso que atentaba directamente en contra de sus deseos de movilidad social, y que por eso escapar de esos cuatro palos u tres cartones resultaba *mejor* que seguir ahí? Yo no tengo idea. Bien o mal ocupadas, yo tengo las palabras y las imágenes. Pero solo él tenía la experiencia (46, subrayado es nuestro).

El fragmento anterior lo explicita: el sujeto vulnerable está solo, desprotegido y el Estado ha desaparecido, arrastrando con su muerte las posibilidades de mejorar sus condiciones de vida. En un contexto, se debe agregar, en el cual el tejido social entre comunidades es prácticamente nulo y la familia no es un soporte en absoluto. El suministro de apoyo básico de los gobiernos, cuyo horizonte definitivo fuera “minimizar la precariedad de manera igualitaria” (Butler, *Marcos* 41), no tiene posibilidad de existir en este universo en el que sólo se puede confiar en el dinero. El siguiente fragmento, cuya temática es el crimen del niño, extenso pero necesario, da cuenta de esto.

¿Puede un grupo de frases...tener la agudeza de una culpa atravesada por los años, como si toda la existencia del receptor de las mismas pudiera ser la puesta en escena de una paliza eterna, como si, cada vez que el hombrón violento tirara a las aguas el cadáver hecho pebre de ese niño...se animara a salir del torrente de ese río de mierda para volver al origen de toda esa escena brutal de violencia...y repetir y repetir la golpiza como en una especie de loop porque a nadie le importa, porque ninguno de los protagonistas de esta escena cuenta con el dinero y/o pertenece a una de las familias fundadoras o propietarias de la nación y, por lo tanto, sus tragedias no revisten de la menor importancia? (205).

A la luz de la cita anterior, puede desprenderse que las vidas están comprendidas por marcos disímiles, considerando que “los marcos mediante los cuales aprehendemos, o no conseguimos aprehender, las vidas de los demás como perdidas o dañadas (susceptibles de

perderse o de dañarse) están políticamente saturados” según recoge Judith Butler (*Marcos* 13-14). En otras palabras, si los marcos funcionan como fronteras de lo susceptible de ser considerado como vida y de ser llorado y dolido como tal, los límites son definidos por un discurso más amplio que la subjetividad de los individuos: son operaciones del poder (*Marcos* 13-14). En definitiva, junto a la reseñada noción de precariedad, que involucra ámbitos existenciales generales, emerge otra noción más adecuada: la precaridad, específicamente política (*Marcos* 16). Como resultado, si todas las vidas en *Lacra* son precarias, sólo algunas adolecen de precariedad, y esas, indiscutiblemente, son sólo las de los marginados. Esta escala diferenciada de precarización parece dar cuenta de un estado de cosas en las que aquellas vidas que no son valiosas “están hechas para soportar la carga del hambre, del infra-empleo, de la desemancipación jurídica y de la exposición diferencial a la violencia y a la muerte” (*Marcos* 45).

En el contexto de marginalidad y abandono que hemos reseñado, las posibilidades de su agencia se ven circunscritas a los resquicios que dejan las opresiones del sistema. Lo problemático de la figura del prestamista es que se muestra casi enteramente determinado por las estructuras que lo exceden en su asimilación a las figuras de don Carlos y Pata Matte y en la reproducción de sus mismas prácticas. Por si fuera poco, además, si consideramos que la agencia sobre todo es pensada como lenguaje (Butler, *Lenguaje* 26), este protagonista no sólo no tiene nombre, también carece de palabra. Si para Butler, “ambas, la formulación y la sustitución figurada, ejemplifican lo que es la agencia” (*Lenguaje* 22) y el prestamista no puede llevar a cabo de ninguna de las dos. En todo esto, el narrador hace hincapié muchas veces en la incapacidad del prestamista de ejercer de la agencia circunscrita al lenguaje, como lo ejemplifica el siguiente fragmento:

Le faltaba lenguaje. Modos de expresarse. Rigurosidad. Había cosas que pensaba, pero que no podía elaborar como la gente. Y cuando eso pasaba, lo mejor era chutear la pelota al corner y no seguir dándole vuelta a la huevaíta hasta la desesperación (15, el subrayado es nuestro)

En este escenario, no es en este sentido en el que el prestamista hace gala de su agencia política, sino mediante su cuerpo, en un salto del lenguaje hacia la acción que se articula en el último capítulo de *Lacra*. En el pasaje titulado “Destino final: Un paraje bucólico y agreste (*Dispara usted o disparo yo*)”, los tres protagonistas se encuentran en un solo espacio sin

mayores explicaciones sobre cómo han llegado a reunirse. El prestamista, que anteriormente se había desmayado en el mall producto la profusa emanación de sangre de un corte, se despierta desnudo en un paraje desconocido para él, que poco a poco va tomando las señas del patio de don Carlos Larraín Peña. En ese espacio, nuevamente emerge la figura del niño muerto en 1979, pero esta vez es diferente: no sólo mentado, su cadáver aparece, como una pesadilla materializada, frente a los ojos del protagonista.

Alcanzado este punto, cabe preguntarse qué es lo que ha perdido el prestamista en un chico del cual no conocía el nombre, ni su filiación, ni la existencia de un vínculo emocional con él. Si la mencionada idea de precariedad subraya “nuestra radical sustituibilidad y nuestro anonimato con relación tanto a ciertos modos socialmente facilitados de morir y de muerte” (*Marcos* 31), el prestamista ha cristalizado aquél momento en que no salió en ayuda de su compañero siendo él el culpable del robo de la cajita Calpany donde descansaba ese dinero. Para él, el niño es anónimo, pero no se presenta como sustituible y retorna a su mente por más somero que sea la mención a la sangre. El duelo, según reseña Judith Butler en *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*, “nos enseña la sujeción a la que nos somete nuestra relación con los otros en formas que no siempre podemos contar o explicar” (49). En este caso, el duelo, a pesar de su deseo de asemejarse a don Carlos y Pata, es precisamente lo que lo separa de ellos.

Es sencillo ver que el trauma sufrido por el prestamista no puede estar dissociado del dinero que representaban aquellos mil pesos de 1979 y la mudez que lo determina toda la novela. La vinculación entre la sangre, dinero y silencio funciona como una metáfora de la dictadura, la cual, para Leonart, es “no es sólo derechos humanos, sino un tema económico” (Leonart, entrevista). Frente al niño, el prestamista sólo puede sacar de su bolso la caja intacta con los mil pesos de 1979, “el origen de toda su fortuna” (206), en el cual el narrador condensa –“todo eso yo veo en ese billete de 1979” (201)– el discurso de Chacarillas de 1977 y la Caravana de la Muerte, como elementos simbólicos de una dictadura que se distinguió por sus directrices económicas. En el siguiente fragmento, crucial para lo que exponemos, quien habla es don Carlos ofreciéndole lo que él más ha ansiado a lo largo de la novela:

¿No queríai plata? Todo el mundo quiere plata. Aquí tenís plata. Pero la cosa no funciona...Porque el gordo ya ha tomado una decisión...Pero está agotado, le duele el hombro como si le doliera el alma y, luego de volver a ver a ese niño

que podría haber sido un hermano o un primo o un amigo sin nombre, luego de desenterrar a ese otro niño que era como una metáfora que él no entendía, luego de ver a ese ángel virginal y desnudo que quizás por qué extraña razón le ofrecía sus llantos y sus perdones, *él se siente tan culpable. Y no quiere sentirse así* (257, cursivas son nuestras).

El duelo, para Butler, puede tener significaciones políticas y en este momento definitivo su implicancia es que el sujeto cuestiona el régimen de verdad del que ha dependido, peligrando su propio estatus ontológico. En concordancia con Butler, “tal vez pueda decirse que el duelo lleva inscrita la posibilidad de aprehender un modo de desposesión fundamental para lo que soy” (Butler, *Vida* 54); disposición que el prestamista asume como la posibilidad de que la misma golpiza la hubiese sufrido él. Es en este sentido en el que “la crítica no se dirige meramente a una práctica social dada o un horizonte de inteligibilidad dentro del cual aparecer las prácticas y las instituciones: también significa que yo quede en entredicho para mí” (Butler, *Dar cuenta*, 38). Entredicho para sí mismo, su agencia radica en el cuestionamiento de las normas de reconocibilidad dentro de las cuales lo humano es visto como tal.

Si, poco antes, don Carlos, al despertar del sueño sobre de la emboscada indígena, había abierto los ojos con “cero culpa. Cero angustia” (70), el prestamista termina degollado por su cortaplumas producto de la culpa. Considerado que la culpa “caracteriza una capacidad humana particular para asumir la responsabilidad de ciertas acciones” (Butler, *Marcos* 77) el suicidio, por lo tanto, es el paso en el cual el prestamista cruza la brecha de ser objeto político de la precaridad a sujeto político en sí mismo. Sin embargo, es el único personaje en el universo de *Lacra* que lleva a cabo estas reflexiones, consagrando un intento válido, pero efímero, cuyo impacto es mínimo: así lo atestigua su descuartizamiento y olvido en algún terreno perdido de don Carlos como muestra de que es dispensable, al igual que el sujeto que motivó su culpa en primer lugar. Recordando que “sin capacidad de suscitar condolencia, no existe vida alguna, o, mejor dicho, hay algo que está vivo pero que es distinto a la vida” (Butler, *Marcos* 32) aquí volvemos a tierra cero: no hay avance.

El suicido además entraña otras responsabilidades. Al mismo tiempo que es el espacio en que el prestamista deja de ser determinado por las condiciones que lo exceden, el narrador plantea que su muerte es un “acto suicida y horrible, pero también es un crimen” (258). El

suicidio es como un resquebrajamiento de un marco que se arregla al instante, un paréntesis, que evidencia la responsabilidad de la que carecen Don Calos y Pata Matte.

Todos –la Pata, don Carlos, la Berni, la Maida, hasta Juanito que como que no cuenta pero igual– han visto a ese adefesio de la raza humana cortarse la yugular con su propio cortaplumas y abandonarse en su propia sangre. Nosotros, se dicen estupefactos, no hemos hecho *nada* (259, énfasis nuestro).

Si bien con su muerte, la figura del prestamista demuestra que “el sujeto no necesariamente tiene que estar definido y delimitado para desarrollar intereses políticos y emprender la acción (Ema López 9), no se nos escapa que este horizonte de lo político y lo simbólico, es una respuesta paradójica, imposible de catalogar como cerrada, definitiva. Las contradicciones que la novela va encontrando son incapaces de ser resueltas. Su reiteración hasta el hartazgo es una manera de reivindicar la incapacidad de clausura.

B. Segundo horizonte: la lucha de clases y la agencia política en la mención

Los fenómenos individuales revisados en el nivel básico entrañan la necesidad de entroncarse con una crítica de mayor envergadura, capaz de identificar aquellos valores expresados por un personaje como pertenecientes a un conglomerado social. Si en el escalón anterior hemos pasado lista a cómo se conforman los personajes de Matte y don Carlos en su relación directa con la derecha chilena más institucional y la agencia del prestamista en su corporalidad –ajena a lo político cotidiano y más cercano a lo alegórico–, en el segundo peldaño de análisis, el objeto de estudio es revisitado en su forma de discurso de clase. De este modo, *Lacra* ha de ser analizada en sus ideologemas, entendiendo a éstos últimos como la unidad mínima inteligible de los discursos esencialmente dialógicos y antagónicos de las clases sociales (Jameson, *Documentos* 62). En *Lacra*, Leonart cita a todo el abanico de clases sociales –partiendo por la clase marginal, la élite y su propia condición de clase media– de manera seria, paródica y, además, con como mecanismo de resistencia. En este horizonte, por lo tanto, se discierne la agencia política desde el lenguaje, es decir, en la mención.

La definición básica de ideologema corresponde a aquél elemento sobre el cual existe una disputa ideológica. Influenciado por Mijaíl Bajtín, para Fredric Jameson la conformación de este horizonte necesita verificar las maneras en que los ideologemas están siendo mentados, es decir, buscar el campo de fuerzas establecido alrededor de estos ideologemas, los cuales

corresponderán a la noción de lucro. Nuestra hipótesis respecto al segundo nivel es que, a partir de la calidad relacional de la ideología de clase, Leonart convoca estas temáticas como armas de los poderosos, pero también en su función de discursos que deben ser resistidos en su formulación paródica.

Nuestra propuesta es que el valor de ideogemas se va esparciendo en el tejido social mediante los Aparatos Ideológicos del Estado (para simplificar, desde ahora AIE) del filósofo francés Louis Althusser. Al respecto, cabe reproducir la distinción que efectúa Althusser entre AIE y aparato de Estado. Para más precisos, este último, unificado y público, es catalogable como el aparato *repressivo* del Estado, comprendiendo al gobierno, la administración, el ejército, la policía, los tribunales (125), y más, en un todo organizado y centralizado. Por otro lado, los AIE no ejecutan su funcionamiento a través de la violencia. Al contrario, ejercen su dominación a través de instituciones distintas y especializadas en su calidad de aparato altamente pluralizado y no completamente visible, cuya arma más potente es la ideología. El gran abanico de AIE proviene mayoritariamente del área privada e incluye instituciones de corte religioso (las iglesias), escolar (escuelas públicas y privadas), familiar, político (el sistema partidista), de información (medios de comunicación) y cultural (literatura, artes) (127).

En este sentido, el lucro, largamente discutido en el capítulo III del presente trabajo, es definido primeramente en su calidad de beneficio monetario, que reporta un negocio. En *Lacra*, su utilización condensa tanto su natural vinculación con el sistema neoliberal como su resemantización específica en el contexto de las demandas estudiantiles. Así formulado, el lucro inevitablemente funciona como un núcleo semántico que atrae otros conceptos, como la libertad de enseñanza, el liberalismo económico y la negación tajante a un establecimiento de gratuidad universal. La élite ve, por ende, en la lucha por la caída del lucro una amenaza directa al aparataje que está detrás de su mera manifestación: “Y lo que pasa son los esperables incidentes un día de marcha y pelotera. Y lo que ve es una muchedumbre de cabros revoltosos de alma, batiendo palmas y gritando consignas groseras en contra del capital y del gobierno” (103). El lucro, se colige, es una afrenta a las condiciones en que don Carlos y Pata Matte han amasado y establecido su fortuna.

El primer AIE al que debemos atenernos son los llamados grupos empresariales, emplazados en la cúspide de la clase alta. Pata Matte es símbolo representativo de un vasto

conglomerado de familias empresariales con inaudito poder adquisitivo. En el caso de que nos costara creerlo, nos dice Pata “una familia totalmente *real* para que no se confundan los hipotéticos lectores de este poco riguroso narrador que me escribe” (125, el énfasis es del texto). No contentos con ello, esta familia pertenece a las empresas con grados de oligopolización e internacionalización nunca antes vistos en el escenario local en el siglo XXI chileno, según consigna Ruiz (*Chilenos* 105). La larga sombra del *holding* o sociedad financiera de la familia Matte se extiende sobre Entel Chile, la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones (hoy CMPC), el Banco BICE, entre otras empresas. Su carta de presentación en *Lacra* es CMPC, cuyas cifras en el contexto internacional la califica como una verdadera potencia:

El ranking *Forbes* para el año 2011 ubica a nueve empresas chilenas entre las dos mil más grandes del mundo, tres más que en años anteriores, a partir también de las ventas, el valor en el mercado, los activos y las ganancias...Cuenta Falabella, Cencosud, Antarchile (matriz del grupo Angelini), CMPC, Banco BCI (grupo Yarur), LAN, Quiñenco (matriz del grupo Luksic) SQM (vinculada al grupo Ponce Lerou) y CAP (Ruiz, *Chilenos* 98).

En sintonía, aquellos cúmulos empresariales presentan escasos reticencias al modelo de desarrollo heredado de la dictadura (Ruiz, *Chilenos* 107) precisamente por el trampolín que significó la oleada de privatizaciones vista con buenos ojos por el régimen militar impuesto en 1973. Lo verifica la figura de don Carlos, quien, después del 11 de septiembre, había vuelto “para dedicarse a la respetable actividad del lucro generoso, abundante, honesto y bien trabajado” (72). La novela es consciente de la gran participación del régimen de Pinochet en la instauración de instituciones con fines de lucro. El siguiente fragmento, cuya voz pertenece al personaje femenino, da cuenta de las vinculaciones que hay entre su lineamiento político afín a la dictadura, y asimismo, lo representativo que es el caso a la hora de extrapolarlo a la gran cantidad de empresas privatizadas:

Y seremos capaces de servir operativamente a la CIA en acciones de acaparamiento de mercadería y obstrucción a la producción para provocar la temible escasez, si es necesario...y aprovechar los bajos precios para hacernos

con el patrimonio de las empresas privatizadas por los milicos liberales a cargo del Estado chileno (158-159).

Asimismo, cabe señalar que la figura de Patricia Matte se desenvuelve en el libro con una doble militancia en los AIE: además de su arista empresarial, ostenta orgullosamente la presidencia de SIP (Sociedad de Instrucción Primaria), organización sin fines de lucro que maneja un número importante de colegios, institutos y liceos. Esta última hebra es explotada por la narración, cuyo devenir está focalizado en el viaje que realiza la mujer desde La Dehesa hacia un establecimiento tomado por manifestantes secundarios. Su combinación de ambos aspectos es medular: su rol de sostenedora de colegios en la periferia armoniza con su veta empresarial, balance representativo de que

la legitimación alcanzada por este empresariado al frente del modelo neoliberal les ha permitido influir como no ocurría en mucho tiempo en la historia nacional, al menos desde el período de dominación oligárquica de finales del siglo XIX, en ámbitos que superan con largueza el quehacer estrictamente profesional (Ruiz, *Chilenos* 108).

Así, el ámbito escolar está colonizado por esta ideología del lucro en una amplísima red interconectada, no sólo de colegios dispuestos por el SIP, sino que también de colegios que el narrador indica como pertenecientes a la clase alta. El siguiente fragmento, focalizado en Pata Matte, verifica la ramificación del ideologema del lucro, además de los connotados Saint George, Sagrados Corazones, el Liceo Alemán y Grange School (158), explicitando los valores a defender:

Por la libertad de los curitas de la Holy Cross, educando a la élite chilena con absoluta libertad, en el colegio Saint George. Por la caritativa enseñanza, en plena libertad, de mis hijas e hijos en el colegio Tabancura o las Monjas Ursulinas. Por el controlado libre albedrío de mis futuras nietas en la sección femenina del Colegio Cumbres de los Legionarios de Cristo (154).

En definitiva, los AIE manejados por la élite propagan ciertos discursos, que, como hemos adelantado, aparejan hábilmente el liberalismo y la inclinación a la dictadura. En este sentido, Matte defiende a rajatabla la idea de una libertad de enseñanza “tocando la cacerola, miércale, porque la libertad de enseñanza –como ayer y hoy– había que defenderla a toda costa” (154). Igualmente, se recuerda Pata Matte a sí misma en el frontis de la Universidad Católica,

abogando por “la libertad de elegir el colegio que quiera. La universidad que quiera. La congregación religiosa que quiera. El auto caro pero sobrio que quiera. La casa en la playa que quiera...La nana peruana o mapuche que quiera” (155).

Lo más importante de este ámbito, empero, es su obliteración de la dictadura militar. Lo confirman las niñas del Cumbres que nunca les enseñaron la historia real del desierto de Chile, a la que sólo tienen acceso una vez fallecidas. Frente a Pata Matte, quien “les contaría cariñosamente, entonces, que en Chile hubo una vez un *pronunciamiento* militar” (174, énfasis nuestro), su nieta le pide perdón al prestamista, porque “*a mí nunca me dieron nada. A mí siempre me enseñaron las cosas de otra manera*” (244, las cursivas son del texto).

El último AIE al que debemos atenernos es don Carlos, en su calidad de senador representativo del sistema partidista que hemos revisado el nivel anterior. Sin ánimos de repetir el primer nivel, en términos de este segundo peldaño, lo significativo de esta figura es su unión íntima con otro AIE. Su discurso, en defensa del lucro y sus ramificaciones, aparecen constantemente en los medios de comunicación. El narrador, por tanto, no es ajeno a la influencia de los medios como un AIE productivo de discursos de la élite, los cuales él está obligado a “ver en televisión y leer en los diarios todos los días” (113). Se alojan aquí asimismo la presencia de los diarios de la derecha como *El Mercurio* y el programa *Sábado Gigante*, distractores de la población en un momento álgido de la dictadura militar.

En definitiva, el libro evidencia, entonces, que la derecha prácticamente tiene en su poder todos los AIE. Ante esto, ¿cómo se logra articular la agencia política en este nivel? Si en el capítulo anterior hemos visto que la agencia política es posible mediante la sola praxis del cuerpo humano, aquí la agencia política estará encausada en la resignificación de los ideogramas mediante la mención y la parodización.

En el caso de *Lacra*, la sola mención de este ideograma constantemente tensiona a la palabra haciendo uso de las naturales afinidades fonéticas entre lacra y lucro. Vale recordar que las aclaraciones iniciales de Leonart definen el término como secuela o señal de una enfermedad o achaque, complementado con una noción de vicio físico o moral que marca a quien lo tiene (1). Para estos grupos opresores, entonces, la lacra son los otros, aquellos a quienes ven con desdén y superioridad en reiteradas ocasiones. En palabras de don Carlos, tenemos, por ejemplo: “Piden, como una *lacra*, gratuidad. La piden como si el mundo se fuera acabar. Y no saben el infierno que sería. Le tengo terror a eso. Roticuatos de mierda. No saben,

no tienen idea de lo que es ganarse las cosas” (80). En este extracto se condensa el conflicto que emana del sector poderoso, explícito en su consideración de que, la clase trabajadora, lejos de conformarse como un proletariado amenazador y articulado, equivale a una “tropa de inútiles y subversivos, estos papasnatas con la cabeza hueca, que no le han trabajado un peso a nadie” (103).

La semántica contenida en la palabra “lacra” no es sólo pertinente en el movimiento estudiantil. Incluso antes del mismo golpe, Don Carlos rememora sus lecturas de niño sobre los avatares del gobierno de Gabriel González Videla, quien con la Ley de defensa de la Democracia confinó a los comunistas “como una lacra” al desierto de Chile. En este discurso, las lacras van a ser las víctimas de la dictadura de Pinochet y aquellos referentes que mantengan relación con la Unidad Popular o con la izquierda chilena. Patricia Matte les dice, en concordancia, quiénes son los elementos es menester purgar:

Todo eso pasó. En el desierto de Chile. Niñitas mías. Angelitos de mi corazón. Fue la única manera de terminar con esa *lacra*. Y se hizo con decisión y valentía. ¿Y para qué? Repitan después de mí, todas juntas, les diría, piensa la Pata. Para defender nuestro capital, nuestras creencias y nuestras vidas. En ese orden (179, énfasis nuestro).

La denominación parece calzar con el sector oprimido. Y en este caso, si hay un personaje que es icónicamente identificado como una lacra es el prestamista, también llamado “Don Ele le decían por respeto, cuando lo conocían” (19). Don *Lacra*, el espejo turbio de Carlos Larraín, pero anónimo y discriminado. Es él el que porta las características iniciales que Leonart señala: está *marcado* por una cicatriz que le cruza el mentón y por la muerte del niño que vio morir de manera injusta, lo que le ha traído repercusiones a su propio cuerpo. Obeso, es incapaz de mirarse al espejo sin sentir asco, al mismo tiempo reproduce el ideologema del lucro como un calco de la élite. Quiere tener los mismos perfumes que el senador, quiere tener las mismas mujeres y quiere comprar en el mismo mall. Incluso ostentan los mismos miedos a que terceras personas les roben lo que han acumulado. De esta manera, la idea *todo lo que tengo lo voy a perder* y sus variaciones –“todo se va a desvanecer” (90), “me van a robar” (29), “una horda que lo tendría a él como único objetivo para robarle lo que llevaba encima” (32), “¿Quién no asegura que una masa nocturna y anónima armada de antorchas y palos, no nos hará una emboscada cuando menos lo esperemos?” (132)– es repetida contante y

majaderamente por los protagonistas. Son todas expresiones de una misma idea detrás de la cual se esconde el escenario de la mercantilización absoluta, que “deja a los sujetos expuestos ante un mundo incierto y hostil” (Mayol, *La transición* 40).

Su vocación parece estar volcada hacia la acumulación de capital y la emulación de la clase alta. Si por un lado se muestra renuente a cambiarse de barrio o mejorar sus condiciones de vida, por el otro, se manifiesta abiertamente ávido de productos caros e innecesarios, en un afán de asemejarse a personajes como don Carlos. En su perpetua comparación, el cuerpo del prestamista siempre es percibido como algo más bajo:

Comparó –porque sí– su cutis indesmentiblemente maltratado con el caracho de ese senador de la República que, ese año 2011, aparecía todos los días en los diarios o en las noticias: su piel tan blanca, casi rosada, que en alta definición se veía llena de unas pecas que eran como los mapas casi invisibles de una huevá que ni siquiera sabía qué era (15).

Patricia Espinosa, sobre el retrato que se efectúa sobre las clases populares en este libro, ostenta una opinión rotundamente negativa. En sus palabras, “la denuncia fracasa debido a una mirada violenta y segregadora sobre el mundo popular, que funciona como un contrapeso objetivizante que demuele cualquier posible irreverencia frente al poder” (62). Al contrario, consideramos que las características del prestamista son un espejo de la clase alta que *necesariamente* deben ser reiterados. Se explica así: anhelante de dinero, es culpable de un delito de sangre con orígenes económicos resumidos en el crimen del niño anónimo y la caja Calpany con el billete de mil pesos, como también es la élite culpable de la implantación del neoliberalismo con un telón violento. Asimismo, medita que la “lacrada humana que me dejará desnudo en un descampado, desangrándome y sin nada de lo que me ha costado tanto trabajo” (20) mirando despectivamente a su propia clase. En este espejo, sin embargo, no todas las repeticiones van en el sentido que Espinosa les otorga. Hay fisuras. Comprendemos así que

las reiteraciones de las reglas nunca son simples repeticiones, sino que siempre generan una especie de excedente, pequeñas variaciones que desestabilizan los significados instituidos de esas normas, lo que abre espacio para su desestabilización (Alves de Atayde 141).

En este sentido, proponemos que la mención es una forma de luchar en un terreno “donde dos discursos opuestos luchan dentro de la unidad general de un código compartido” (Jameson,

Documentos 68). El narrador, que tan repetidamente iguala la laca al lucro, también lo tensiona el binomio y lo resignifica, dotándolo de potencial político en el sentido de Butler, según la cual “la responsabilidad está relacionada con el lenguaje en tanto que repetición, y no con el lenguaje como origen” (*Lenguaje* 27).

El procedimiento es el siguiente: se forjan posibilidades de acción a partir de una denominación otrora desdeñosa. En otras palabras, la voluntad política se genera a partir del mismo lenguaje teniendo en cuenta de que “el sujeto parlante toma su decisión solo en el contexto de un campo de posibilidades lingüísticas que ya está limitado” (Butler, *Lenguaje* 214). Antes de suicidarse, lo que le ofrece don Carlos es *lucrar*: tomar el dinero que le está ofreciendo para que se vaya. En otras palabras, mantener el ideologema con el que ha vivido el prestamista toda su vida y que lo ha identificado “como proxeneta de niñitos más jóvenes que él, y luego, como prestamista a intereses usureros entre la clase baja más apagada y cobarde” (58-59). Pero el dinero no es aceptado por él.

Le estoy ofreciendo plata, pensó don Carlos...Y este tipo se queda sin decir nada. Y lo que le ofrezco es lucrar con esto. Sí. Así como se oye. Agarrar los beneficios ofrecidos y arrancarse con la plata, como un buen agente de la bolsa. *Lucrar*. Yo pienso que es una bonita palabra. Yo mismo no he hecho otra cosa en mi existencia. *Lucrar*. Con mi trabajo. Con mi dinero. Con mis bienes. Con mis obras de beneficencia (256).

El sentido en disputa en el binomio laca/lucro es la resemantización de la *laca*, que, alejándose del contrapeso del lucro, genera varios significados en disputa. Así, le cambia el sentido a la denominación: la denominación desdeñosa sólo calza con Pata y don Carlos. El narrador ejecuta una identificación con el proceso que está viviendo el prestamista y se empapa de la existencia social que le está otorgando la denominación: él también es una laca, y aquello puede incentivar respuestas como la que él mismo plantea:

Y por eso escribo estas historias de mierda. Por ese muerto que cargo. Por esos muertos que cargamos. Porque ese algo enterrado me persigue como una cicatriz en plena cara: algo demasiado visible que me delata, conchetumadre, como el Cuma que soy, con el punguerío que llevo adentro y puta la huevía. Porque eso ni con la plata se quita, conchetumadre. Esto, chiquillos, no es un relato decente. Es un relato cruel. Puedo imaginar que soy la hija muerta de un

senador homófobo y momio. Puedo imaginar que soy el cadáver de una bella adolescente de un colegio de élite apilado a la orilla de una curva mortal. Puedo imaginar que soy un niño inocente muerto por una pateadura... Pero no. No me imagino nada de eso. No me hago el huevón. Soy un punga sobreviviente. Por eso escribo. Soy una *lacra*. No soy una buena persona (237).

Pese a que no sea «una buena persona», el narrador se presenta como “incapaz de tocar a nadie con el pétalo de una rosa. Y menos por plata. Menos por proteger mi capital. Menos por asegurarme el control de las fuerzas de producción y de la masa trabajadora” (210-211), conformando una categoría en que las verdaderas lacras son Pata y don Carlos, no el prestamista, pues él no es culpable del “manto conservador y neoliberal y amigo de las castas y el dinero se proyecta como una *lacra* hasta el día de hoy en cada esquina de mi querido país” (210, el énfasis es nuestro).

De esta forma, la hegemonía de los AIE es combatida desde la mención en su resignificación del concepto de *lacra* y en la gran cita al discurso de las élites. La contrahegemonía de Leonart, por lo tanto, se encuentra enraizada en el discurso irónico amparándose en su deseo de “satirizar, pero de la manera más violentamente posible” (Leonart entrevista). De esta manera, este nivel destaca por la crítica directa al dinero que se esconde detrás del concepto de lucro, puesto que “nada excepto el dinero, que algunos les chorrea, que a otros envilece, que casi todos rasguñamos con desesperación como si fuera el aire que necesitamos para respirar, pero que en realidad es una *lacra* que nos domina y nos corrompe” (203).

En este sentido, la crítica al ideologema del lucro y la red que ésta forma con la responsabilidad de la élite en la brecha social y con la dictadura militar, sería el momento de la verdadera política para el filósofo Slavoj Žižek, como

ese momento en el que una reivindicación específica no es simplemente un elemento en la negociación de intereses sino que apunta a algo más y empieza a funcionar como condensación metafórica de la completa reestructuración de todo el espacio social (46).

Por otro lado, lo que hace Leonart al exculpar a la figura del prestamista, debido a su sentimiento de culpa en el horizonte anterior y por su resistencia a seguir con el concepto de lucro en el presente horizonte, es precisamente, lograr una identificación de don Carlos y Pata

como la verdadera lacra. En este sentido, además de la impugnación al lucro que verifica otras quejas, la delimitación de un ellos confirma una politización de toda la situación de enunciación. En este sentido,

La situación se politiza cuando la reivindicación puntual empieza a funcionar como una *condensación metafórica* de una oposición global contra Ellos, los que mandan, de modo que la protesta pasa de referirse a determinada reivindicación a reflejar la dimensión universal que esa específica reivindicación contiene (Žižek 40).

En conclusión, si para el estado posmoderno el modo que funciona la economía “se acepta como una simple imposición del estado objetivo de las cosas” (Žižek 110), con instrumentos calificados como neutros, *Lacra* le otorga al neoliberalismo nombre y caras reales, con consecuencias reales que lo alejan de la concepción de dinero como un eje vacío y apolítico.

C. Tercer horizonte del modo de producción: crisis de la agencia

Si en el primer horizonte hemos visto la política cotidiana y su lado alegórico en el suicidio del prestamista, en el segundo nivel, hemos verificado el terreno en disputa que significan los ideologemas y la manera en que el narrador lúdicamente destruye los planteamientos de la élite desde la palabra. De este modo, tal y como lo hemos expuesto largamente, en ambos compartimientos ha sido posible discernir una agencia política, en términos de acción y de mención. Nos encontramos ahora en el tercer y último apartado de análisis, un horizonte más general, pero no menos importante, en el que el objeto de estudio ya no tiene las señas de pertenencia individual o de clase, sino que corresponde a la *ideología de la forma*, es decir, “los mensajes simbólicos que nos transmite la coexistencia de diversos sistemas de signos, que son a su vez rastros o anticipaciones de modos de producción” (Jameson, *Documentos* 61).

Proponemos que el modo de producción del capitalismo y la sociedad posmoderna producen como resultado una multiplicidad de simulacros en *Lacra*. En este sentido, la novela como género ya no produce imágenes que están vinculadas orgánicamente con el mundo real. Este capítulo está destinado a delimitar los alcances reales de la matriz cultural llamada postmodernismo en la obra de Leonart y cómo ésta restringe su agencia.

Si nos hacemos la pregunta sobre cuál, entonces, es el régimen de producción de las imágenes en el libro de Marcelo Leonart, rápidamente salta a la luz que la respuesta no es otra que el postmodernismo. Entendemos el término como “un concepto periodizador cuya función es la de correlacionar la emergencia de nuevos rasgos formales en la cultura con la emergencia de un nuevo tipo de vida social y un orden económico” (Baudrillard, *La posmodernidad* 167). Los rasgos formales evidenciados en literatura de Marcelo Leonart ya los hemos reseñado pero convendría recordarlos: el *hibridismo* y el *epicureísmo* consignan un autor con tendencias históricas definido por la posta de los géneros, la fragmentación, la inconclusión, la desterritorialización, la pérdida de la identidad, etcétera. Asimismo, su fundamento económico lo hemos esbozado en el capítulo del contexto histórico, momento en el que dimos cuenta de la implantación del neoliberalismo en Chile. Otras características aledañas a este ámbito formal son aquellas reseñadas por Jameson en *La lógica cultural del capitalismo tardío*, para quien el posmodernismo, como producción cultural del capitalismo de los últimos años, ofrece características sustanciales a la hora de cotejarlas en estos libros, en especial aquellos referidos al debilitamiento de la historicidad, aquejada por un pasado sin sentido, una nueva superficialidad, una ruptura de la cadena de significante, la caída de afectos y una renuncia a la profundidad metafísica (56).

Simple y llanamente, la poética de Leonart resulta excesiva. Firme bajo la bandera del postmodernismo, se rige por un lineamiento donde “ya no es la tradicional obscenidad lo que está oculto, reprimido, prohibido, oscuro; por el contrario, es la obscenidad de lo visible, de lo demasiado visible, de lo más visible que lo visible” (Baudrillard, *La posmodernidad* 194). Así, *Lacra* está construida con una cantidad importante de material histórico que aborda varios hechos, de una envergadura tal, que inicia en los tiempos de la conquista, con un énfasis en la dictadura, hasta las más actuales referencias mediáticas. En la entrevista conducida por Nicolás Poblete, refiriéndose a *Pascua* pero igualmente aplicable a nuestro objeto de estudio, el propio autor da en el clavo respecto a la necesidad de saltar de referente en referente:

[Sobre el momento en que murió Pasolini producto de los golpes] ¿Cómo dejar fuera de esa paliza a Daniel Zamudio que murió mientras planeaba esta novela? ¿Cómo contar a Karadima sin Precht, a Precht sin la Vicaría y a la Vicaría sin la CNI? ¿Cómo hablar de Juan Pablo II sin hablar del Viejo Pascuero, cuando evidentemente representan lo mismo? ¿Cómo contar historias gay sin contar

historias lésbicas? Esta novela es como una telaraña temática (Poblete, “El que está”)

En este sentido, en *Lacra* parece plasmarse siempre las preguntas ¿cómo hablar de Allende y dejar las diferencias de lado, sin referirse a hechos idiosincráticos como la Teletón? ¿Cómo referirse al magno evento de la Teletón sin el aporte de empresas? ¿Se puede hablar de las empresas sin el dinero, y ése sin la dictadura, y ésta sin los crímenes? Y así suma y sigue:

como Banco de Chile, como CMPC, como Endesa, como Colbún, como Minera Escondida (operada por BHP Billiton), como la Compañía de Petróleos de Chile o la compañía Sudamericana de Vapores. Sí. En estos momentos de tragedia, parece decirme Salvador Allende sin palabras, ocupando el lenguaje sensiblón de las campañas de la tele, solo queda la solidaridad (...) porque una tragedia como la que ha vivido usted (...) es una tragedia tan distinta a la de Elena Muñoz Maureira, la pobladora chilena que sufrió la desaparición, a manos de agentes del Estado, de su marido, cuatro hijos y más encima su nuera embarazada de su nieto en la localidad de Lonquén, en octubre de 1973. Y tan distante de origen, por cierto, de la tragedia de Marta Ugarte, cuarenta y cinco años, Jefa Administrativa de la Junta de Abastecimiento y Precios... vista en el centro de tortura de la Villa Grimaldi, actual comuna de Peñalolén, donde estuvo recluida en el sector denominado La Torre, lugar en que encuentra la muerte... Hecho que El Mercurio, diario dirigido a la sazón por Arturo Fontaine Aldunate (padre de Arturo Fontaine Talavera, un connotado e intermitente novelista relacionado con el empresariado y la derecha económica y que últimamente se ha especializado, en un giro casi humorístico, en temas relacionados con los derechos humanos) consignó [como un crimen pasional] (165-166).

De ahí que, si hablamos de Leonart, debemos decir que la manera de plasmar la cantidad de información está condicionada por el uso del simulacro posmoderno. Definimos este concepto como “una suplantación de lo real por los signos de lo real, es decir, de una operación de disuasión de todo proceso real por su doble operativo” (Baudrillard, *Cultura* 11). El simulacro funciona a la manera de imagen que ha perdido su reflejo de realidad profunda, enmascarando, paralelamente la ausencia profundidad, lo que es una sintomatología clave de la

posmodernidad. Mientras que la representación arranca del principio de equivalencia entre el signo y lo real, la simulación está más cerca de la muerte de toda referencia.

Consultado por su intención política, el autor responde que “cuando escribo siempre tengo una intencionalidad política, no un programa político. La ficción en general sirve para mostrar, ni siquiera para denunciar” (Leonart entrevista). Y en esta extensa muestra que incluye lo histórico, político, cultural y hasta lo sexual, “yo estoy poniendo muchas cosas porque creo que es la última oportunidad de ponerlas porque después las generaciones más jóvenes no la van a entender” (Leonart entrevista). En este sentido, se evidencia en el autor un pánico al olvido en el que, como señala Andreas Huyssen, éste es “denotado como algo antiético” (Huyssen 9) en una cultura capitalista esencialmente amnésica (Huyssen 11).

Hemos llegado a la pregunta que, en el fondo, motiva este capítulo: ¿puede una literatura de este tipo hacer factible una agencia política? *Lacra* es portadora de una multiplicidad de referentes y saltos temporales inconexos, que están en la cuerda floja ante la amenaza de poder dar cuenta del grosor del sufrimiento colectivo e individual, de la inmensidad de datos, de hechos no resueltos, injusticias cometidas. En su predilección por las enumeraciones caóticas y a veces arbitrarias, se va conformando un mecanismo capaz de lanzar la duda radical sobre el principio de realidad. En este sentido,

todo es ficción y todo es realidad: el nuevo régimen cambia el estatuto de la ficción y la noción misma de realidad en literatura, que deja de ser meramente una “realidad histórica”...y se hace puro presente y pura “realidad cotidiana”: una categoría capitalista y tecnológica (Ludmer *Literaturas*).

Lacra, en consecuencia, se encuentra en un delicado balance entre el mercado y la memoria. En efecto, el caso de Rodrigo Anfruns, tan mencionado en los horizontes anteriores, propone que alrededor del trauma, además del despliegue policial y mediático, se genera toda una noción de espectáculo y simulacro. Don Francisco, animador de televisión, ofrece canjearse por el pequeño Rodrigo para que el país pueda respirar aliviado, confundiendo los planos de la realidad y el tratamiento literario. Aquel que llama diciendo que es el captor, citando a Mario Kreutzberger en una capilla, comienza a reproducir la dinámica del juego de Sábados Gigantes, *Dispara usted o disparo yo* (subtítulo, de hecho, de todo el capítulo). Toda la escena está retratada en un evidente tono irónico: “Y Mario decide atacar con lo que él sabe. Con su

habilidad más preciada. Con el talento más grande que el dios de la Torá le concedió. «¿Quiere participar en un concurso, caballero?» (228).

En todo esto, si no podemos fiarnos de los hechos históricos, el espacio de la política también está sujeto al régimen del simulacro. La imposibilidad de una política en la que se verifique al otro como un interlocutor válido está vetada, como así lo testimonia la escena en la que Carlos Larraín se introduce en la marcha. Lo que quiere el personaje “es un debate de fondo. Con argumentos claros. Con certezas tan milenarias como las que él tiene” (113). La visión del autor acerca de este episodio es que, ante su inaudito discurso en la televisión, “lo que habría que hacer es meterlo en medio de una manifestación para que dé sus argumentos ahí, para que le hagan la pelea ahí y le entierren un palo en la raja” (Leonart, entrevista). Si consideramos que la democracia moderna la política consiste en domesticar la hostilidad y el antagonismo para construir identidades colectivas (Mouffe 14), el autor hace todo lo contrario.

Lo que sí hace, por otro lado, es el primer paso hacia la política democrática de Mouffe: lejos de eliminar las pasiones o relegarlas a la esfera privada, las moviliza y las pone sobre la palestra (Mouffe 14). En este sentido, la verdadera agencia política de este nivel no se da en el texto en sí, sino en lo que significa: el gesto político se encuentra localizado en la trasgresión, no en la proposición ni en la respuesta sobre el pasado. En este sentido, “se puede hablar de Larraín y Matte con toda libertad y no hay derecho a réplica, a súplica, a juicio sumario, ni siquiera a mera querrela por las injurias y calumnias. El límite ha sido desbordado” (Mayol *Desbordando*). En palabras de Žižek, Leonart estaría suministrando una necesaria dosis de intolerancia ahí donde el panorama político está lánguido, “aunque que solo sea con el propósito de suscitar esa pasión política que alimenta la discordia” (12). De manera más elaborada:

La verdadera lucha política...no consiste en una discusión racional entre intereses múltiples, sino que es la lucha paralela por conseguir hacer oír la propia voz y que sea reconocido como a voz de un interlocutor legítimo...la verdadera apuesta no está en las reivindicaciones explícitas...sino en el derecho fundamental de ser escuchados y reconocidos como iguales en la discusión (Žižek 27).

En resumen, proponemos que en su literatura, Marcelo Leonart está proponiendo una estética del simulacro que en algunos parajes parece dilapidar las pretensiones de memoria y de

agencia política. La agencia política, inmersa en este contexto, pierde sentido para su aplicación en términos reales. En este sentido, como señala Linda Hutcheon, la posmodernidad no tendría una teoría efectiva de la agencia política y opera más que nada desnaturalizando críticamente sus terrenos ideológicos (3). Para concluir, proponemos que la agencia política en este nivel está en crisis. Más que de memoria y proposición, es de trasgresión.

En términos de nuestros resultados, en el primer horizonte, verificamos la oposición binaria entre don Carlos, Patricia Matte y el actor colectivo representado por las marchas y las manifestaciones populares. En este horizonte, el prestamista, de una clase social marginal, es capaz de articular un discurso propio, no a través del lenguaje sino mediante la libre voluntad de su cuerpo, a pesar de la imposibilidad de situarlo dentro de una política partidista o cotidiana. Se concluye que la alegoría de la cual *Lacra* es partícipe es un síntoma de la contradicción que significa la tirantez del tejido social, las contradicciones de un país que todavía resiente la dictadura. Don L, en efecto, se distanciaría de la élite que se ha configurado como un modelo, impugnando sus directrices ideológicas. Así, el suicidio del prestamista es el elemento que porta la fuerza simbólica de este nivel: su resistencia a asemejarse a los dos personajes que se muestran incapaces de sentir culpa por los detenidos desaparecidos, por el caso del niño Anfruns y por el niño asesinado por robar mil pesos.

En *Lacra* resulta evidente que la figura del prestamista, luego de su único arranque de agencia política que implica su autoaniquilación, desaparece descuartizado por orden de don Carlos. Se configura así un sujeto que no es reconocido como tal, sino que meramente aprehendido, término que puede implicar “marcar, registrar o reconocer sin pleno reconocimiento” (Butler, *Marcos* 18). Esta solución del relato no puede ser sino síntoma del estado de las cosas. El cuerpo de prestamista, quien nunca tuvo voz propia, es despedazado por la clase alta como alegoría bastante clara de la opresión que significa el actor más poderoso.

En el segundo horizonte, estableciendo como núcleos de análisis los ideogramas de lucro, se dio cuenta de la manera en que estos discursos son convocados de diferentes maneras en los textos. El lucro es repetido permanentemente por aquellos personajes de la élite contra las reivindicaciones populares y además como resultado del régimen dictatorial anclado en las olas de privatizaciones y escaso control estatal. Por añadidura, el lucro está presente en

diversos Aparatos ideológicos del Estado, más allá de la mera ocupación senatorial de Larraín, como lo son la familia, el colegio y los medios de comunicación.

Por otro lado, el ideologema del lucro está tensionado hacia otro espectro. Si bien el juego lucro/lacra es siempre utilizado por Matte y don Carlos para hacer referencia a la crisis social, asimismo, ocurre una apropiación del concepto en el momento en que el prestamista, reivindicándose, se suicida y el narrador se asume él mismo como lacra. En este sentido, el concepto de “lacra” intenta desenmarcarse del lucro que proclama la clase opresora y en este juego del lenguaje se accedería a una “agencia lingüística” en términos de Butler, es decir, una repetición y resignificación de un enunciado para resignificarse como valor de manera positiva y crítica (36).

El tercer horizonte nos ayudó a verificar el signo de la posmodernidad de la cual Marcelo Leonart es partícipe. Podemos concluir que la lógica particular del simulacro del cual se hace cargo es la multiplicidad de referentes que va nombrando sin jerarquización ni criterios de realidad/ficción, lo que atenta con la pretensión de narrar los hechos de manera en que se articulen en una crítica propositiva. Por otro lado, el rasgo del espectáculo es explotado en *Lacra*. Para terminar, en conclusión, la agencia política se verifica en *Lacra* como un intento efímero que no puede articular una solución propositiva a la sociedad chilena que retratan los libros: el final que proclama también su necesidad de lucrar es la caída irónica en el mismo círculo que critica.

VI. Conclusiones: a propósito de *Aquí no ha pasado nada*

Todo es verdad y todo es mentira en estas palabras.

Marcelo Leonart. *Lacra*.

Aquí no ha pasado nada es una película chilena, dirigida por Alejandro Fernández Almendras. Se inspira en el crimen de Martín Larraín, hijo del senador Carlos Larraín Peña, que el año 2014 protagonizó un accidente que mató a Hernán Canales. El caso se transformó en el centro de la polémica, en la medida que se fueron revelando el estado de ebriedad del conductor, la huida del lugar, la obstrucción a la justicia a través de testimonios falsos, entre otras agravantes. A pesar de todo lo anterior, el joven Larraín fue dejado en libertad. La absolución de Martín coronó el exilio voluntario y temporal de su padre Carlos Larraín del ojo público y de la política en su hacienda de Magallanes.

La película pone en escena a un joven perteneciente a los sectores acomodados de las playas del litoral que es forzado a asumir la culpa del atropello fatal que, como se nos muestra, no cometió. La figura del hombre tendido en la carretera no parece apesadumbrarlo en absoluto y el protagonista sigue su vida normal, bebiendo con sus amigos, asistiendo a fiestas donde se entrecruza siempre con las mismas personas y manteniendo sexo ocasional en su auto. La preocupación de Vicente pasa, más bien, por verse excluido del entorno al que está acostumbrado y el muerto, su familia y su historia quedan completamente fuera de plano, enfatizando que el hecho es solo una peripecia injusta de un personaje con una levedad tan alta, que impide la identificación con él por parte de la audiencia. La víctima, de este modo, es relegada al más terrible de los olvidos, como si no *hubiera pasado nada*. Con todo, la película brilla más si se la compara con la pieza anterior de Fernández Almendras: *Matar a un hombre*, centrada en un sujeto humilde que asesina a su vecino, el matón del barrio, porque ya no puede tolerar sus constantes oprobios. Desde robarle los medicamentos para su diabetes hasta abusar sexualmente de su hija, Jorge, el protagonista, tras hacer justicia por sí mismo, sufre constantemente por lo que hizo. El título, que señala la envergadura de anular una existencia, se complementa con el recordatorio del zapato del muerto que vuelve a varar en la playa como el símbolo de que ese muerto siempre retornará a su vida, ahora bajo la forma de la culpa. Así, ambas películas reseñan complementariamente el asesinato de un hombre bajo las perspectivas de dos clases sociales contrapuestas.

En resumidas cuentas, ambas películas, vistas en su conjunto, demuestran la culpa que la élite endogámica es incapaz de sentir en contraposición a otros que sí la demuestran. Si Vicente, de *Aquí no ha pasado nada*, es inmune a la pérdida de una vida fuera de su círculo social, Jorge, de *Matar a un hombre*, es el símbolo de todo lo contrario. Desde su condición de oprimido, interpreta lo que ha hecho como una transgresión y por eso se entrega a la policía. El parentesco de este mecanismo con *Lacra* es profundo, puesto que –más allá de la mención velada o no de los Larraín– los tres productos culturales manifiestan la nula consideración de la clase dominante hacia aquellos que no tienen los mismos privilegios monetarios y políticos. Así, tanto Jorge como don Ele, pobres y desamparados, son los únicos que perciben a la vida de los otros con el marco de una vida inteligible que hay que respetar. Consecuentemente, frente a una responsabilidad que no pueden eludir, uno se suicida y el otro se entrega de manera voluntaria. Frente a esto, la clase dominante, con Matte, Larraín y la ficcionalización de su hijo como representantes, revelan la existencia de sujetos no reconocidos por ellos, es decir, la anulación del más importante presupuesto para que una existencia importe (Butler, *Marcos* 32).

En el desarrollo de este trabajo, nos propusimos ahondar en el término agencia política y su posible aplicación a un objeto literario. *Lacra*, de Marcelo Leonart, terminó siendo una obra enriquecedora para este análisis: verificamos una agencia política, tanto en el cuerpo como en la palabra, sujeta, claro está, a los designios de la postmodernidad. Si bien las condiciones de producción de la posmodernidad dejan espacios restringidos para la proposición de una política, como evaluación final, creemos que la importancia de un autor como Marcelo Leonart, en su caminata por la cuerda floja, tiene un saldo positivo. En primer lugar, porque *Lacra* evidencia la radical diferencia en las consideraciones hacia los cuerpos dependiendo de variables políticas y de clase.

En segundo lugar, *Lacra* se destaca por poner en la palestra a sujetos que normalmente no son objetos de la representación literaria. Carlos Larraín y Patricia Matte, en sus discursos de clase y en su concepción de la historia, son representaciones necesarias en un país marcado aún por la dictadura y los movimientos sociales fallidos. En este sentido, la novela nos habla del presente, en los crímenes y faltas de los poderosos, en la impunidad del sistema y en una altísima cantidad de datos sobre la época en la que estamos. Al leerlo, se torna transparente el mecanismo que actúa detrás, en palabras del autor, “como si tuviera la televisión prendida y

con eso armo el collage. Una escritura viva mientras las historias van sucediendo” (García, “Escribo”). Es probablemente, tal y como están las cosas, que *Lacra* también nos hable del futuro.

Aparejado a lo anterior, el tercer punto es que, junto a la representación de la clase dominante a lo largo de su obra –la que es política y económica, como reseñamos, pero también histórica y religiosa, como las representaciones de La Quintrala y el Papa Juan Pablo II en *Pascua*–, el retrato de la clase oprimida también es variopinta. En este sentido, en la trayectoria de Leonart hay cabida para encapuchados y reos en *La educación*; junto con mendigos, prostitutas, lesbianas y el icónico caso de Daniel Zamudio en *Pascua*. De esta manera, el autor siempre se cuida de mostrar un espectro social en la que podamos notar las diferencias que un país clasista, machista, y homofóbico continúa perpetuando.

En definitiva, es poco lo que se ha dicho sobre Marcelo Leonart y el asunto daría para muchísimo más. La crítica no ha estudiado todavía toda su potencialidad como autor dentro de un campo literario que no ha tomado los riesgos que él ha asumido como constitutivos de su poética. En su literatura deslumbrantemente novedosa, perturbadora e incómoda, este es apenas el inicio de la discusión.

VII. Bibliografía

- Aguirre, Félix y Óscar García Agustín. “Más allá del malestar. Una hipótesis sociológica sobre el significado político del movimiento estudiantil chileno”. *Revista de Sociología y Política*. v. 23, n. 53, p. 147-162, Mar. 2015. Web. 26 Dic. 2016. <<http://movimientoestudiantil.cl/publicaciones/>>.
- Althusser, Louis. “Ideología y Aparatos Ideológicos de Estado”. Comp. Slavoj Žižek. *Ideología: un mapa de la cuestión*. Trad. Cecilia Beltrame, et al. Buenos Aires; México: Fondo de Cultura Económica, 2003. Impreso.
- Álvarez, Ignacio. “Sujeto y mundo material en la narrativa chilena del noventa y el dos mil: estoicos, escépticos y epicúreos”. *Revista chilena de literatura* 82 (2012): 7-32. Impreso.
- Alves de Atayde, Franke. “Performidad y política en Judith Butler”. *Eikasía. Revista de Filosofía*, año V, 39 (julio 2011). 133-151. Impreso.
- Amaro, Roberto. "El inevitable pasado". *La Nación*. 28 noviembre 1990, 16. Impreso.
- Amaro, Lorena. "Parquecitos De La Memoria: Diez Años De Narrativa Chilena (2004-2014)." *Revista Dossier*. Universidad Diego Portales, 20 Enero. 2015. Web. 27 Dec. 2016. <<http://www.revistadossier.cl/parquecitos-de-la-memoria-diez-anos-de-narrativa-chilena-2004-2014/>>.
- Araos, Catalina. “Lo mío es escarbar en las cicatrices”. *La Nación*. 5 diciembre 1999, 15. Impreso.
- Areco, Macarena, ed. *Cartografía de la novela chilena reciente: realismos, experimentalismos, hibridaciones y subgéneros*. Santiago de Chile: Ceibo Ediciones, 2015. Impreso.
- Baudrillard, Jean. *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós, 2002. Trad. Antoni Vicens y Pedro Rovira. Impreso.
- _____, et al. *La Posmodernidad*. Barcelona: Kairós, 2006. Trad. Jordi Fibla. Impreso.
- Bauman, Zygmunt. *En busca de la política*. Buenos aires. Trad. Mirta Rosenberg. Buenos aires: Fondo de cultura económica, 2001. Impreso.
- Bellei, Cristián. “El “fin de lucro” como política educacional”. CEPPE, 2013. 85 – 114. Web. 26 Dic. 2016. <<http://movimientoestudiantil.cl/publicaciones/>>.

- Butler, Judith. *Marcos de guerra: las vidas lloradas*. Trad. Bernardo Moreno Carrillo. Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2010. Impreso.
- _____. *Lenguaje, poder e identidad*. Trad. Javier Sáez y Beatriz Preciado. Madrid: Síntesis, 2009. Impreso.
- _____. *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Trad. Fermín Rodríguez. Buenos Aires: Paidós, 2006. Impreso.
- Cárdenas Neira, Camila. “Inútiles y subversivos: representación transmedia de los estudiantes chilenos en redes sociales”. *Romanica olomucensia*, 173 – 190. Web. 26 Dic. 2016. <<http://movimientoestudiantil.cl/publicaciones/>>.
- Careaga, Roberto. “El nuevo mapa de la narrativa chilena”. *La Tercera*. 11 Enero 2014. Web. 27 Dic. 2016. <<http://www.latercera.com/noticia/el-nuevo-mapa-de-la-narrativa-chilena/>>.
- _____. “Los excesos de Marcelo Leonart”. *El Mercurio. Suplemento "Artes y Letras"*. 10 Mayo 2015. Web. 27 Dic. 2016. <<http://www.economiaynegocios.cl/noticias/noticias.asp?id=144032>>.
- Castillo Gallardo, Mayarí. “Construyendo categorías para pensar la agencia política en las sociedades desiguales. Una reflexión sobre Arendt y Butler”. *Revista Internacional de Pensamiento político*. Volumen 7 (2012). 275-289. Impreso.
- Castillo, Rodrigo. “Una escritura de cicatrices” *Las Últimas Noticias*. 23 Noviembre 1999, 43. Impreso.
- Cossio, Héctor. “Marcelo Leonart y su personaje inspirado en Larraín: "Don Carlos no puede ver la realidad, es como daltónico"”. *El Mostrador*. 22 noviembre 2013. Web. 26 Dic. 2016. <<http://www.elmostrador.cl/cultura/2013/11/22/marcelo-leonart-y-su-personaje-inspirado-en-carlos-larrain-don-carlos-no-puede-ver-la-realidad-es-como-daltonico/>>.
- Donoso Díaz, Sebastián y Jorge Alarcón Leiva. “El lucro en la educación chilena: debate conceptual acerca del sentido de la educación pública y de la privada”. *Revista Pro-Posições*, v. 23, n. 2. Mayo-agosto 2012. 33-49. Web. 26 Dic. 2016. <<http://movimientoestudiantil.cl/publicaciones/>>.
- Ema López, José Enrique. “Del sujeto a la agencia (a través de lo político)”. *Athenea Digital*, n°5. Primavera 2004, 1-24. Impreso.

- Espinosa, Patricia. "Un culposo cara y sello". *Las Últimas Noticias*. 21 febrero 2014, 62 Impreso.
- Fernández Almendras, Alejandro, dir. *Matar a un hombre*. Perf. Daniel Candia y Daniel Antivilo. El Remanso, 2014. Film.
- _____, dir. *Aquí no ha pasado nada*. Perf. Agustín Silva y Alejandro Goic. Jirafa Ltda, 2016. Film.
- Figueroa, Macarena. "Espiondo fantasmas: Fotos de Laura de Marcelo Leonart". *Revista Intemperie*. 2 Mayo 2012. Web. 25 Nov. 2016. <<http://www.revistaintemperie.cl/2012/05/02/fotos-de-laura-marcelo-leonart/>>.
- García Valverde, Facundo. "Agencia política y legitimidad en la democracia deliberativa". *Eidos*. n° 22 2015. 225-252. Impreso.
- García, Javier. "Leonart Y Su Novela Sobre El Poder: "Son Historias Que Están En La Realidad"". *La Tercera* 2013, 43. Web. 27 Dec. 2016.
- _____. "Escribo lo que se me filtra de la realidad". *La Tercera*. 22 Junio 2015. Web. 27 Dic. 2016.
- Gómez, Andrés. "El travestismo literario de Marcelo Leonart". *La Tercera, suplemento*. 26 Noviembre 1999, 11. Impreso.
- Rojo de la Rosa, Grínor. *Las novelas de la dictadura y la postdictadura chilena: ¿qué y cómo leer?* Santiago, Chile: Lom Ediciones, 2016. 1 Volumen. Impreso.
- Hutcheon, Linda. *Ironía, sátira, parodia. Una aproximación pragmática a la ironía*. Web. 23 Dic. 2016. <<https://tallerletras.files.wordpress.com/2013/02/ironc3ada-sc3a1tira-y-parodia.pdf>>.
- Huyssen, Andreas. "Cultura de la memoria: medios, política, amnesia". Trad. Claudia Barrico y Elizabeth Collingwood. *Revista de Crítica Cultural*, No. 18, 1999, 8-15.
- Jameson, Fredric. *El posmodernismo, o, La lógica cultural del capitalismo avanzado*. Trad. José Luis Pardo. Barcelona: Paidós, 1991. Impreso.
- _____. *Documentos de cultura, documentos de barbarie: la narrativa como acto socialmente simbólico*. Trad. Tomás Segovia Madrid: Visor, 1989. Impreso.
- Leonart, Marcelo. *Lacra*. Santiago: Tajamar Editores, 2013. Impreso.
- _____. *La educación*. Santiago: Tajamar Editores, 2011. Impreso.
- _____. Entrevista personal. 10 Agosto 2016.

- Ludmer, Josefina. *Aquí América latina. Una especulación*. Buenos Aires: Eterna cadencia editora, 2011. Impreso.
- _____. "Literaturas postautónomas: otro estado de la escritura". *Revista Dossier*. 2014. Universidad Diego Portales. Facultad de comunicación y letras. Web. 23 Dic. 2016. <<http://www.revistadossier.cl/literaturas-postautonomas-otro-estado-de-la-escritura/>>
- Marks, Camilo. "Tantas ideas falsas que nos meten". *El Mercurio. Revista de los libros*. 20 Enero 2013. Web. 27 Dic. 2016. <<http://www.elmercurio.com/blogs/2013/01/20/8593/Tantas-ideas-falsas-que-nos-meten.aspx>>.
- Mayol, Alberto. "Desbordando el límite: lo que hay bajo la borrachera electoral." *El Mostrador*. 19 Noviembre 2013. Web. 26 Dic. 2016. <<http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2013/11/19/desbordando-el-limite-lo-que-hay-bajo-la-borrachera-electoral/>>.
- _____. "La transición social a la democracia". *Revista Anales*, 39–54. Séptima Serie, Nº 2, noviembre 2011. Web. 26 Dic. 2016. <<http://movimientoestudiantil.cl/publicaciones/>>.
- Mönckeberg, María Olivia. *El negocio de las universidades en Chile*. Imprenta Salesianos S.A., Santiago de Chile, 2007. Impreso.
- Mouffe, Chantal. *El retorno de lo político: Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*. Trad. Marco Aurelio Galmarini. Barcelona: Paidós, 1999. Impreso.
- Poblete, Nicolás. "El que está detrás de la novela soy yo". Entrevista con Marcelo Leonart, autor de Pascua". *Revista Intemperie*. 30 Julio 2015. Web. 25 Nov. 2016. <<http://www.revistaintemperie.cl/2015/07/30/nicolas-poblete-entrevista-a-marcelo-leonart-autor-de-pascua/>>
- _____. "La educación de Marcelo Leonart". *Revista Intemperie*. 22 Noviembre 2012. Web. 25 Nov. 2016. <<http://www.revistaintemperie.cl/2012/11/26/la-educacion-de-marcelo-leonart/>>
- Promis, José. "La magia de la oscuridad". *El Mercurio, Suplemento Revista de Libros*. 31 Diciembre 1999, 5. Impreso.
- Pulgar, Leopoldo. "Me gusta contar historias". *La Tercera*. 20 diciembre 1998, 50. Impreso.

- Rivera Soto, José. “La transgresión y la plétora en Pascua, de Marcelo Leonart”. Diciembre 2015. *Paniko*. Web. 9 En. 2017. <<http://www.paniko.cl/2015/12/la-transgresion-y-la-pletora-en-pascua-de-marcelo-leonart/>>.
- Rodríguez, Ana. “Marcelo Leonart y su novela sobre Francisco Javier Cuadra”. *The Clinic*. 3 Enero 2013. Web. 25 Nov. 2016. <<http://www.theclinic.cl/2013/01/03/marcelo-leonart-y-su-novela-sobre-francisco-javier-cuadra/>>.
- Rojas Hernández, Jorge. *Sociedad bloqueada Movimiento estudiantil, desigualdad y despertar de la sociedad chilena*. Santiago, Chile: RIL editores, 2012. Impreso.
- Ruiz Encina, Carlos y Giorgio Boccardo Bosoni. *Los chilenos bajo el neoliberalismo: clases y conflicto social*. Santiago, Chile: El Desconcierto, Fundación Nodo XXI, 2014. Impreso.
- Ruiz, Carlos. *Conflicto social en el neoliberalismo avanzado: análisis de clase de la revuelta estudiantil en Chile*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2013. Web. 25 Nov. 2016. <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/becas/20131023010020/RuizEncina.pdf>>
- Salazar, Gabriel. *Movimientos sociales en Chile: trayectoria histórica y proyección política*. Santiago, Chile: Uqbar Editores, 2012. Impreso.
- Sanhueza Huenupi, Leandro. “Hegemonía, crisis política y legitimidad: el movimiento educacional del 2011”. *Demarcaciones*, 166 -187. Web. 26 Dic. 2016. <<http://movimientoestudiantil.cl/publicaciones/>>.
- Simonetti, Pablo. “Cuatro generaciones en la literatura chilena”. *El Mercurio*. 6 Septiembre 2015. Web. 27 Dec. 2016. <<http://www.economiaynegocios.cl/noticias/noticias.asp?id=180494>>.
- Žižek, Slavoj. *En defensa de la intolerancia*. Trad. Javier Eraso Ceballos y Antonio José Antón Fernández. Madrid: Sequitur, 2009. Impreso.